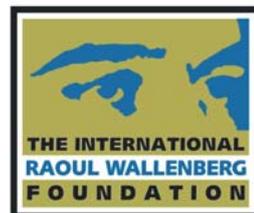


**LENA  
FAIGENBLAT**



*Mis  
Ayeres*

Edición digital exclusiva de



*Húndete en la mar del pensamiento  
y arranca preciosas perlas.  
Ibn Ezra*

*Hay sangres que incluso ya estando frías, queman...*

Lo que me propongo con este libro  
es perpetuar lo vivido y escuchado en mi familia  
siendo niña y jovencita. Lo considero una obligación,  
pues soy la sobreviviente de dos familias  
asesinadas en la Shoá.  
El haber sobrevivido es una casualidad, no un mérito...

Que éstas páginas eternicen el recuerdo  
de mi mamá, Malah MARKIEWICZ,  
y de mi papá, Itche Mayer GARTENSTEIN,  
auténticos varsovianos de muchas generaciones.

Sigo manteniendo una impagable deuda  
con mis hermanos.  
Muchas veces intenté retratarlos,  
pero de mi pluma mana sangre...

Lena

## INVITACIÓN

*“Que te toquen vivir tiempos interesantes”* es una vieja maldición china. Pero si bien uno no quiere haber estado en la piel de quienes fueron protagonistas involuntarios de tiempos signados por convulsiones de la historia, resulta apasionante escuchar o leer testimonios en primera persona de alguien que anduvo las calles del infierno y tiene el coraje y la generosidad de compartir con nosotros sus vivencias, más el don de saber contarlas.

Es lo que hace Lena Faigenblat en estas páginas, relatándonos episodios de los luminosos años de su infancia, adolescencia y primera juventud varsovianas, cortados abruptamente por la irrupción de unos interminables años negros que comenzaron el día en que las criminales tropas alemanas invadieron Polonia, rompieron todos los diques de la ética humana y desataron una inconmensurable tragedia colectiva. Resulta imposible para una mente sana captar siquiera el temblor que ocultan los multimillonarios números de la masacre. Sólo el relato de la humillación de una profesora obligada a matar ratas o la transcripción del dulce diálogo en voz baja entre la autora y una pequeña, ambas enterradas en un bunker a merced de las bombas, sólo esas escenas devuelven la dimensión humana, a esa inconcebible pesadilla que fue la Shoá.

¿Qué decir de la autora? Quienes tenemos el privilegio de conocer de cerca a Lena, podemos dar fe de la envidiable juventud de esta entrañable nonagenaria. Porque si más allá de la fuerza física, los indicadores de juventud son la fuerza espiritual, el entusiasmo, la curiosidad, la capacidad de generar proyectos y de llevarlos empecinadamente a cabo, no cabe duda de que esta mujer se encuentra instalada en la más fructífera de las juventudes. Muchacha madura y sabia, agraciada con una aguda inteligencia, un lenguaje cultivado y un humor fresco que gasta ironías consigo misma.

Estas líneas son, por lo tanto, una invitación a recorrer las páginas que siguen, escritas por una persona de sensibilidad despierta, que vivió años exageradamente históricos, hasta volverse ella misma un corazón de historia viva.

*Eliahu Toker*

## PALABRAS PRELIMINARES

Las páginas de este libro, "Mis Ayeres", nacieron en forma de diálogo, de una sucesión de preguntas y respuestas. Durante años Eliahu me preguntaba: *¿Cómo era? Contame.* Le interesaban mi familia, mi formación, mis recuerdos de los años turbulentos. Y cada relato mío recibía como respuesta su infaltable: *Muy interesante. Sería un crimen que se perdiese. Escribilo.* Pero, "mea culpa", no le hice caso hasta que la idea y mi edad maduraron.

Entonces recibí de sus manos un cuaderno que fui llenando de a poco. Rescataba de mi memoria escenas que creía perdidas para siempre, e intentaba volcarlas vivas en las páginas de ese cuaderno, que nunca pensé para ojos indiferentes, que nunca pensé para un futuro libro. La palabra **libro** significa demasiado para mí. Desde mi infancia tengo una cercana relación respetuosa con los libros. Y la idea de publicar mis atesoradas vivencias íntimas me provocaba el pudor del primer beso... Sin embargo, transitando el ocaso de mi vida, concluí que Eliahu tenía razón: Estos "ayeres" no son producto de mi fantasía sino de una palpitante realidad vivida, por lo tanto no son sólo míos, pertenecen a la historia de una época.

Agradezco la cariñosa insistencia de ese entrañable amigo-hijo que supo romper mi coraza, y agradezco su constante estímulo, que logró que aquel humilde cuaderno cobrara forma de libro. Y me ayudó a envejecer sin amargura, observando emocionada partes de esos AYERES que fructificaron. Gracias

LENA

# De LOS AÑOS LUMINOSOS

## MI MICRO HISTORIA

Mientras escribía una nota acerca de los etíopes me surgió, con toda frescura, un recuerdo de mi infancia.

Tengo 4 años. Estoy en cama, muy molesta, con una angina. A cada rato llamo a mamá y la apabullo con interminables preguntas:

- Mamá, ¿qué es una angina? ¿Habré tragado algún bicho?

- No, tragaste una palabra fea.

- ¿No puedo escupirla?

- No, ya es tarde, ya bajó a la pancita. ¡Y si no te quedás quieta también yo voy a tragar una mala palabra y voy a tener una angina!

Por suerte llegó entonces el abuelo Josef. Alto, hermoso, bondadoso. ¡Un rey! ¿Por qué no tendrá una corona? No me traía un juguete sino algo mucho más lindo, un cuento maravilloso:

--Muy, muy lejos, tras siete mares y montañas muy altas, viven judíos negros. Totalmente negros.

--¿Sus dientes también son negros?

--No, sus dientes son muy blancos. Viven rodeados de altas montañas y detrás de un río muy furioso que tira piedras para impedir que lo crucen. Solamente los sábados permanece tranquilo. El rey de ese país trata mal a los judíos. Sufren hambre y miseria; son muy religiosos y viven con la esperanza de que algún día va a llegar en una gran nube el Mesías y los va a llevar a la Tierra Prometida. Esos judíos se llaman etíopes, "Hijos del Rey".

Este cuento y el ambiente cariñoso en el que me fue contado, perduró en mi memoria durante los ochenta años de mi turbulenta vida. ¡Es imborrable!

## COPITA de LICOR

El día 3 de mayo, en plena primavera, era consagrado en Polonia a celebrar la primera Constitución Nacional. Había un gran desfile militar, con pintorescos uniformes de época, el armamento correspondiente y los caballos más hermosos del mundo. Por supuesto, tampoco faltaban los atentados antisemitas y los gritos de la multitud borracha: "Judíos a Palestina".

Y en esos años, 1928/29, en esa jungla, también había flores como la siguiente:

Yo, Lena, con mi *matura*, mi diploma de bachiller "*cum laude*", con honores, vestida elegantemente y con un ramillete de muguet en la solapa, me aprestaba a presenciar el desfile. La *mamusia* controló de modo severo mi atuendo, incluyendo comprobar si estaban rectas las hoy inexistentes costuras de las medias largas. Finalmente, contenta de haber recibido su visto bueno me despedí de mis padres, pero estando ya en la puerta mamá me volvió a llamar. Aunque descontenta por la demora, volví obediente. Mi papá, el *tatus*, estaba completamente ausente, leyendo el diario y meditando sobre política. Mamá, sin el menor respeto por la política, interrumpió su lectura invitándolo a admirar a su hija. Papá nos miró asombrado y mamá, sin otro comentario, le alcanzó una copita de licor como premio por su "lograda obra".

--¿Es linda? ¿Y dónde está el mérito? --preguntó papá con sonrisa pícaro.

## STANISLAWA, la LAVANDERA

Resulta difícil abarcar los enormes cambios sufridos por la cotidiana vida doméstica en los últimos ochenta años. Por ejemplo, el lavado de ropa, no en una aldea, sino en la capital de Polonia, en Varsovia.

Stanislawa, la lavandera, era un personaje fuera de lo común. Muy alta, muy gorda, una mole. Y muy querible. Durante años atendía a las familias de nuestro círculo.

El proceso del lavado de la ropa blanca, grande, era muy complicado. La noche anterior a su “visita” se ponía la ropa en remojo en una enorme tina de madera. Al día siguiente cada prenda era frotada con abundante jabón y colocada en una enorme olla de bronce para cocinarla durante una hora. Luego era frotada otra vez sobre una tabla, pasada varias veces por agua limpia y luego exprimida en un aparato provisto de dos rollos de goma manipulados con una manija. Luego un baño con diluido azul y el último toque con almidón.

Con la ropa bien exprimida y casi planchada, Stanislawa, yendo en procesión con sus ayudantes, subía por la escalera a la buhardilla del cuarto piso para colgarla por sectores, sin mezclar sábanas con toallas. Ese ambiente era cerrado con llave para impedir que fuese visitado por ladrones.

Una vez seca, llevaban la ropa al “manguel”, un taller de planchado provisto de grandes aparatos. Esa ropa recibía finalmente un toque de plancha manual de carbón.

Stanislawa trabajaba cantando con una hermosa voz de soprano. Un hermanito mío sostenía que alguien cantaba desde su panza. Para ella se preparaba en casa una comida especial, con abundante repollo, carne, garbanzos y grasa, todo acompañado con pan.

Durante su solemne comida recibía la “visita” de los chicos. Mi gran diversión –tendría unos doce años– consistía en comparar la enorme palma de su mano con la mía, y contar cuántas veces esta cabía en aquella...

## LA BARBA del ABUELO JOSEF

Yo abrumaba siempre a mamá y a la *niania* con preguntas, pero esa vez ellas estaban demasiado atareadas preparando una gran recepción; sin embargo a mí no había modo de hacerme callar. Yo ya no sólo era un estorbo; por añadidura me había echado a llorar indignada por la falta de atención... Fue entonces que a mamá se le ocurrió algo singular: Me llevó a lo de mi adorado abuelo.

Mi abuelo me recibió con gran alegría, ubicó a la “señorita por qué” de cinco años en sus rodillas y sorpresivamente se invirtieron los roles. Me disparó una andanada de preguntas respecto de mis lecturas, --yo ya era una avanzada lectora-- y pronto pasé yo a bombardearlo a mi vez con mis preguntas acumuladas. Él fue contestándome pacientemente una a una, pero por lo visto quería seguir con su lectura de modo que... me ofreció su hermosa barba para que yo le hiciese trencitas...

Todavía hoy, al cabo de mi larga y turbulenta vida, estos recuerdos me embargan de emoción y gratitud porque sembraron de ternura y amor mi alma. En los tiempos negros este cálido recuerdo me provocaba una sonrisa, que era vida... ¡Y no exagero!

Supongo que es gracias a estas perlas que envejezco sin amargura y sin el “*oyvey*” acostumbrado.

## ¡UN PREMIO SINGULAR!

Los domingos temprano uno de nosotros, el que elegía Topcia, la niñera, la *niania*, corría a la cama de nuestros padres y se acomodaba entre ambos, feliz y triunfante...

Para obtener este premio se necesitaba una certificación de “buena conducta” firmada por la *niania*.

¡Estar abrazado a mamá y papá, con besos, cosquillas y risas, era el colmo de la felicidad!

Así nos criaron y educaron, con esa ternura y respeto.

Y cuando mamá le decía a uno con un tono especial “¡Tesoro mío!”, uno se asustaba. La respuesta era: “¿Qué hice? ¿¿¿De qué tengo la culpa???”

Esta era la clase de premios y castigos de la casa de mis padres, hace casi un siglo.

## JÁNUCA, la FIESTA de las LUMINARIAS

El helado viento había cubierto los cristales de las ventanas de flores de hielo hermosamente cinceladas, como un saludo del verano. Junto a la ventana una gran *janukiá*, el tradicional candelabro de ocho brazos, brilla con todas sus luces.

Mi padre, rodeado por sus cinco hijos varones, con el más pequeño en brazos, canta con fervor.

En la segunda fila, la radiante *mamusia*, con sus dos hijas y las dos muchachas de servicio, --también judías – acompañamos el canto alegremente.

Después cada uno recibe un regalito con su nombre, de manos del *tatush*.

Este recuerdo, surgido de las cenizas, me acompañó en los tiempos negros. La vibrante voz de mi padre sigue todavía cantando en mi alma...

## La CEREMONIA de VENTILAR los “SFORIM”

Antes de las festividades de Pesaj y de Rosh Hashaná, papá y el abuelo Josef, las manos enfundadas en guantes, sacaban del armario los sagrados volúmenes y con raros movimientos removían las páginas. Eran volúmenes grandes y pesados, con encuadernaciones preciosas y letras doradas en los lomos.

También había una valiosa colección de miniaturas artísticas y altos rollos de *megilot* de distintas épocas.

Los insecticidas químicos no existían todavía y las polillas devoraban bibliotecas enteras...

Yo, siendo ya “grande”, tendría unos ocho años, pedí con lágrimas en los ojos que me permitiesen presenciar unos minutos al menos esa fascinante ceremonia. Pero no se aceptaba de ninguna manera que una mujer la presenciase. ¡¡Y era una decisión categórica!!

¡Fue la primera vez que me sentí discriminada por ser mujer!

Otro recuerdo ligado a la biblioteca.

En las vísperas de Iom Kipur mi padre solía bendecir solemnemente a sus hijos, nombrándolos uno a uno, y cuando alguno de ellos estaba lejos del hogar, papá abría el *sforim shank*, el armario de los libros sagrados, y llorando enviaba a través de ellos su bendición al hijo ausente.

## CONTABA la ABUELA

No sé cuál sería la razón de mi permanente curiosidad, lo cierto es que teniendo yo unos 13 años y para responder a los insistentes “¿cómo?” y “¿por qué?” de su nieta, mi abuela Fréidele me contaba algunas historias familiares.

Mi mamá, que provenía de una buena familia, era hija única, algo raro en aquella época, y se había casado vieja, ¡a los 22 años!, con mi papá que tenía 23.

Tres años pasaron sin que se produjera el esperado embarazo, a pesar de toda la magia. ¡Gran preocupación! ¿Sería estéril? Pero finalmente sucedió... Y fue un parto dramático. Médico y asistentes estaban consternados. Era peligroso y planteaba un dilema: ¿Salvar a la madre o al bebé? Para decidirlo el médico necesitaba el voto del esposo. Le pidió que firmase una autorización para una operación de urgencia. ¡Mi papá firmó y se desmayó! ¡La abuela lo adoraba por este desmayo!

Finalmente me sacaron con forceps. Hasta hoy tengo una marca en la cabeza. ¡¡Mi sufrida y exhausta mamá lloraba, convencida de haber dado a luz un monstruo!! Y con razón.

Contaba la abuela que era “vox populi” que el culpable del dramático parto era el angel Gabriel, que había llegado tarde a cumplir su misión de hacerme olvidar todo lo aprendido de la vida en la panza, con un *shnel*, un pellizco debajo de la nariz.

Y seguía contando la abuela:

Casi dos años más tarde mamá perdió la vista. ¡Estaba ciega! ¡Gran susto! Consultaron con el famoso neurólogo Dr. Flatau, pero éste no daba con un diagnóstico. Incluso consultó con sus famosos colegas pero sin resultado. ¡Gran consternación!

Papá y el abuelo Josef viajaron a Guer donde residía un gran sabio, el rabino Alter, para pedirle consejo. El rabino escribió una carta en alemán, dirigida a un neurólogo de Berlín. Sin perder tiempo viajaron con la carta a Berlín papá, mamá y los abuelos. Allí operaron a mamá...

Qué era nunca lo supe. Tras una oreja le faltaba un trozo de hueso. Volvieron después de un mes. ¡Mamá sonriente, con la vista clara, sin anteojos ni nada!

Luego, durante toda su vida, el Dr. Flatau la controlaba. Era un “caso” famoso que presentó en un congreso en Viena.

Sin duda el rabino la salvó a mamá.

A los 53 años la asesinaron los nazis en Treblinka...

### RABINO “SANDIK”

La excepcional figura del rabino Alter apareció quince años más tarde en nuestra familia, para cumplir la hermosa función de *sandik*, padrino, en la solemne ceremonia de la circuncisión, el *berit milá*, a sus ocho días de edad, de mi hermanito Beniamín.

La ceremonia es bastante rigurosa. La mamá entrega a su hijo a una mujer, que será su madrina, ella se lo pasa al padre, quien lo deposita en las rodillas y brazos del padrino, el *sandik*, en este caso el rabino.

Para efectuar el decisivo “corte” por un experto *mohel*, todos los hombres estaban envueltos en *talitim*, en mantos de oración, que en aquella época eran grandes, como sábanas de pura lana blanca bordeadas con franjas negras. (¡Ahora se usan unos *talitim* simbólicos, en miniatura!)

Este corte es una marca indeleble que define la identidad de judío.

Muchísimos judíos, a lo largo de nuestra historia, pagaron con sus vidas por esta marca. Eso también sucedió durante la Shoá. Cuando los nazis atrapaban a un hombre de aspecto no muy ario, era suficiente hacer que se bajase los pantalones para decidir su destino...

No conozco los entretelones de aquella singular visita del rabino, pero supongo que lo decidió una fabulosa donación para su *ieshivá*, su academia talmúdica. A mi papá lo llamaban “REB” Itche Meier, porque era muy generoso y apoyaba a todas las instituciones judías de Varsovia.

¡Beniamín tenía 16 años cuando, también a él, lo asesinaron los nazis en Treblinka!

## EL FALLECIMIENTO del ABUELO JOSEF

El abuelo Josef falleció joven, de una pulmonía.

Ahora, en el año 2002, es difícil de comprender, pero en aquella época no existían los antibióticos. Apenas había aparecido recién la aspirina. De modo que era muy difícil salvar a un enfermo y la gente moría en masa. El abuelo se preparó conscientemente para su encuentro con Dios en el "más allá".

Recitó bajito el *vidui*, esa profunda plegaria judía de los moribundos, que es una íntima confesión directa, sin intermediarios, como los que exigen otras religiones.

Se despidió de la familia bendiciendo a cada uno nombrándolo claramente. A mí, su nieta predilecta, me dijo como una suerte de grave advertencia-orden, que le surgió de profundis: "*Fargués nit az du bist a ídishe tojter*, nunca olvides que eres judía."

¡Ya entonces mi religiosidad se veía dudosa! Yo quería concurrir a la Academia de Bellas Artes, soñaba con París, ciudad que representaba un gran peligro para mi moral y mi religión... ¡Yo despertaba una profunda inquietud!

Finalmente me parece que estoy cumpliendo su deseo. Ni en las más adversas circunstancias perdí mi identidad, "*dos píntele id*", la esencia judía. Ni siquiera con la cruz en el cuello, puesta por razones obvias, en tiempos de la Shoá.

¡¡*Zéideshi*, abuelito, sigo adorando tu memoria, y a veces tengo la sensación de que lo sabes!!

## EL ANUAL TRASLADO VERANIEGO a MIJALÍN.

Teníamos una “villa” en Mijalín, a unos treinta kilómetros de Varsovia. Era un cómodo chalet de madera de estilo suizo, con dos grandes verandas-balcones. Tenía un gran jardín y un bosque de pinos y eucaliptus. El aire era tan perfumado que hacía doler la cabeza. Era necesario aclimatarse. La familia se quedaba allí de abril a setiembre. Después del Pesaj llegaba Antonio, con su carro y su caballo, para arreglar con mamá la fecha del “éxodo”. Era bastante complicado. Llevábamos muchísimo equipaje que al cargarlo formaba una montaña. En la cumbre se sentaba una de las muchachas, objeto de mi gran envidia...

Ni lágrimas, ni rabietas, ni huelgas lograban conseguir el permiso de mamá para sentarme arriba con la muchacha. ¡NO!

En la capital nos quedábamos papá, yo y un hermano, con una de las tres empleadas para atendernos. Conviene mencionar que las mujeres del servicio eran siempre judías. Dado el antisemitismo reinante mis padres no querían, literalmente, “tener enemigos en casa”.

Para el fin de semana viajábamos en tren para pasarlo juntos. Los chicos con la *niania* nos esperaban en la estación, bien planchados y eufóricos.

Cierto día, sorpresivamente y bajo una lluvia torrencial, llegó la abuela en un coche con dos caballos. ¡Venía envuelta en una larga capa, puesto el obligatorio sombrero adornado con una enorme pluma, lista para que la pintase el señor Degas!

## TÍO BENIAMÍN...

La familia de papá era numerosa. Nos visitaban en Michalín tías y tíos para gozar del aire fresco en esos veranos que eran tan calurosos. El tío menor, Beniamín, era un muchacho raro. Tocaba la mandolina, cantaba y escribía poesías. Conmigo estaba en guerra por “el título”. Pretendía que yo lo llamara “**tío Beniamín**”. ¡Para mí, un tío era un hombre grande, con panza y bigotes, no un muchachito! Siempre trataba de convencerme con regalitos muy ocurrentes. ¡Pero no ganaba! Una vez, con cara misteriosa, me avisó que me traía algo muy especial, pero con una condición. Debía prometerle que siempre lo llamaría “tío”, sin cruzar los dedos.

Era un difícil duelo diplomático. Mi curiosidad era enorme y ésta vez ganó él. Triunfalmente desempaquetó una preciosa sombrilla roja y maliciosamente prolongó el momento de su entrega...

Vencida, dije “Gracias, tío” con el trofeo en brazos, pero pronto me arrepentí y agregué:

“Sos Beniamín, Ben, no mi tío...”

Él se enojó mucho con la traidora y mi mamá me retó como nunca. Y con razón.

## FILHARMONIA

La tradicional cena sabática de los viernes a la noche, era en casa una ceremonia muy solemne. La gran mesa cubierta con lo mejor, todas las luces prendidas, y en el centro de la mesa, seis velas encendidas por mamá con gestos cargados de profundo significado, en medio de un gran recogimiento de los presentes. Al finalizar su bendición de las velas pronunciaba mamá un emocionado “*¡A gutn shabes!*”, ¡que tengamos un dichoso sábado!

Después venía el *kidush*, la bendición del vino, y luego el típico menú sabático. Entre plato y plato papá canturreaba, con el apoyo de los chicos, *zmires*, hermosas melodías sin palabras, que nos envolvían en un clima sereno, alejado de la hostil realidad...

La Filharmonia de Varsovia –que en el 2001 festejó su centenario-- era famosa en toda Europa por el nivel de su orquesta estable y por los famosos directores y solistas que la visitaban. Los viernes por la noche la Filharmonia solía brindar selectos programas para su exigente público, pero yo nunca podía asistir a esos conciertos por la sagrada cena sabática familiar.

Yo era rebelde, como todos los adolescentes, pero con límites. Apreciaba la paz del hogar y por lo tanto no quería provocar conflictos. Pero sorpresivamente me metí en un lío...

Había visto el programa de la Filharmonia para la temporada, me resultó muy atractivo, y sin pensar en las consecuencias me compré un abono. De camino a casa me di cuenta que provocaría un escándalo. Mis padres no aceptarían que faltase a la cena del viernes y yo de ninguna manera quería perturbar nuestra armonía.

En ese entonces ya no era una niña sino una estudiante universitaria que gozaba de libertad, pero en aquel momento me sentí como una nena que espera el castigo. ¡El entusiasmo por el abono se me había evaporado! Resignada, sinceramente preocupada, le conté a la mamá la situación. Esperaba que se desatase una tormenta, pero no fue eso lo que sucedió. Mamá volvió a sorprenderme con su serenidad. Increíblemente, ningún reproche. Me dio un beso y solamente dijo: “Déjame pensarlo, hay tiempo”.

El viernes siguiente, tras el *kidush*, dijo papá:

“Hijitos, *kinderlej*, desde el próximo viernes Lenale faltará a la cena, **con nuestro permiso**. Asistirá a los conciertos de la Filharmonia. Nosotros los escucharemos por la radio”.

¡¡Quedé muda, llorando!! --también ahora lloro, mientras lo escribo--. De esta manera mi ausencia quedó legalizada. Ningún escándalo. No percibí entonces el talento diplomático y la sabia pedagogía de Mamusia. Recién ahora, con la gran perspectiva que da el paso del tiempo, lo aprecio.

Una nota graciosa: Uno de mis hermanitos, no recuerdo cuál, me pidió que aplaudiese de forma distinta, --uno, dos, dos-- para reconocerme al escuchar el concierto por la radio...

\* \* \* \*

“...Cada noche de viernes me siento atraída por algo que ni Bach podría explicar...”

Florence Víctor

Siento necesidad de preservar del olvido y mantener vivo el recuerdo de lo que me tocaba protagonizar. A la Filharmonia había que ir con anticipación. El ingreso era lento, ordenado según el piso de la ubicación. La mía era en el balcón del primer piso.

Era obligatorio entregar el abrigo al guardarropa. Estaba permitido conservar puestos los sombreros con la condición de que fuesen pequeños, sin alas ni adornos que pudiesen molestar a quienes estaban sentado detrás. (En Londres, actualmente, rige también esta respetuosa costumbre.)

Cuando llegó el viernes de la inauguración de la temporada en la Filharmonia, tras prender las velas en el horario correspondiente, mamá me sirvió una cena sabática, individual.

Recité el *kidush*, comí *guefilte fish* con una pequeña *jale* hecha para mí, y lo más emocionante fue que mamá me acompañó en esta inolvidable cena, la primera de una larga serie. Atesoro este recuerdo con gratitud, como un regalo de su mano amante y generosa.

¡Qué suerte que te tuve, Mamá! ¡¡Gracias!!

## “LAS ESPIGADORAS”

De pronto una imagen descubierta al azar alumbra un recuerdo que permaneciera guardado decenas de años en un oscuro rincón de la memoria. Descubrir sorpresivamente en la revista dominical del diario “La Nación” una reproducción del famoso cuadro de Jean Millet (1814-1875), “Las espigadoras”, me provocó una emoción tan profunda que me cortó la respiración.

Ese cuadro era casi un emblema de la casa paterna. Enorme, colocado en la pared de honor del salón, no era una reproducción cualquiera, sino una de considerable valor, firmada por un conocido pintor polaco llamado Chelmonski.

Vienen al caso unas palabras acerca de la personalidad de mi padre. Se trataba de un industrial exitoso, hombre activo y lleno de iniciativas, que viajaba todos los años a la “Exposición Industrial” de Leipzig, Alemania, de la que volvía con novedades que solía producir luego en su fábrica. Y su otra faceta eran ciertos hobbies que lo fascinaban: Dibujar, cantar e inventar juegos para sus hijos. Sus modelos preferidos como dibujante eran Maimónides, otras luminarias judías y los hijos, sin pose. En su colección de dibujos figuraba también un retrato del abuelo Josef, con los anteojos en la punta de su nariz. Aunque había sido hecho con todo esmero no quedó muy parecido y la abuela protestó: “¡Lo rechazo! ¡El abuelo es mucho más lindo que el retrato!”

Pero me resulta importante otro episodio. Cierta día papá se animó a copiar la figura de la mujer que está en el primer plano de “Las espigadoras”. Resultó una tarea difícil y varias veces rehizo su esbozo. El último se le ocurrió exponerlo a la opinión de sus hijos más chicos. Éramos siete hijos, dos nenas y cinco varones. Descartó del jurado a los tres mayores, dejándoles el rol de meros observadores, sin voz ni voto.

Y lo gracioso fue que uno de los miembros del jurado, hombrecito de cinco años, aseguró con autoridad que el trabajo de mi padre no le gustaba: “Hágalo otra vez, papito” fue su veredicto.

Me asombra, pensándolo retroactivamente, el instintivo talento pedagógico de mi padre. Fue un importante evento educativo. Contrariamente a lo que se acostumbraba por aquel entonces, en nuestra casa no había barreras entre padres e hijos. Nos hacían participar, ver, opinar, y sin darnos cuenta, aprender.

Mi escuela, el GIMNASIUM judío de 1ª categoría  
de Perla LUBINSKA, calle CEGLANA 7

Lo “judío” de esa escuela consistía solamente en el hecho que todas las alumnas eran judías. Los padres trataban de evitar que sus hijas sufriesen la discriminación antisemita reinante en las escuelas estatales. Era exclusiva para niñas ya que no existían escuelas mixtas.

El ser de primera categoría era importante para la escuela pues eso evitaba que los hostiles inspectores molestasen presenciando clases o exámenes. Había maestros judíos y no judíos, pero el director debía ser católico y aceptado por el gobierno de turno.

En el programa de estudios no había nada de judaísmo salvo, una vez por semana, dos horas de historia judía dictadas por un maestro tan viejo como indolente. Nos hacía leer capítulos del manual del Dr. Meier Balabán. Nada atractivo...

(Un paréntesis: Su hija, Zosia Balaban era mi compañera de clase. Nos encontramos en Bahía, Brasil, donde mi avión hizo escala regresando de Israel en 1971. Se enteró de mi existencia por la radio, escuchando en “Kol Israel” cuando me dieron la bienvenida. Me mandó un telegrama a Tel Aviv y aprovechando esa escala nuestra, vino de Sao Pablo a Bahía con su esposo. A partir de entonces se desarrolló entre nosotras una intensa correspondencia. ¡¡Aquel fue un encuentro increíble, uno más en mi vida, rica en rarezas!!)

¡¡La CRONOLOGIA NO IMPORTA!!

Mi debut en la escuela

Yo ingresé al primer grado a los siete años. La maestra, Franciszka Domaszewska, una dulce rubia, me tomó un test. A solas, me mostró un cuadro en el que se veían una casa en un jardín, un árbol y una mujer vestida de blanco.

Yo debía decir qué veía y qué significaba lo que veía. Pero no abrí la boca. La maestra quedó muy preocupada por mi nivel mental...

Llamó por teléfono a mi mamá, y para su sorpresa se enteró que en casa yo había contado una larga historia acerca de lo que había comprendido del cuadro.

El mismo acceso de terquedad se me repitió tres años más tarde.

CIEN DÍAS

Afloran en mí vivencias almacenadas, y afloran con fuerza, frescura y color, a pesar de los años pasados, que fueron muchos y duros.

En Varsovia había una hermosa costumbre: Cien días antes de entregar la *matura*, el diploma “de madurez”, de bachiller, las escuelas organizaban grandes bailes mixtos.

Mi *gimnasium* se contactó con uno masculino del mismo nivel. Ese era un gran evento. En esta época la juventud era tímida, sin la desenvoltura de hoy. Había que aprender a bailar y comportarse en público, y para las chicas los vestidos eran un gran problema.

Para mí una modista, no una costurera, hizo un hermoso vestido de terciopelo azul marino, de mangas largas, sin escote. Los únicos adornos eran un collarcito de perlas y un detalle bastante extravagante: ¡¡Un ramillete de violetas sobre la muñeca izquierda, con largas cintas al tono!!

## LAG BAOMER

Para festejar *Lag Baomer*, la escuela alquiló un barco para pasar un día en una playa sobre Vístula, Mlociny.

Todas las alumnas de primero a octavo año, junto con los maestros, subimos al barco.

Durante la travesía cantábamos con enorme alegría y luego bajamos a través de un improvisado puente. ¡Después tuvimos que subir, en cuatro patas, una pequeña duna de arena, cosa que resultó muy divertida!

A continuación nos sentamos en el césped para desayunar. Cada una llevaba colgado un canastito con su vianda. Para mi gran sorpresa, el mío era vacío. Probablemente, sin darme cuenta, se abrió al subir perdiendo su contenido. Lo cierto es que mis compañeras me ofrecieron compartir sus viandas, pero yo no acepté y me pasé todo el día sin comer, y no se lo conté a nadie. ¡Por qué lo hice no lo sé!

La vuelta, por el cansancio, resultó más tranquila. Pero nos esperaba una desagradable sorpresa: Bajó el río y el barco quedó atascado sin poder entrar a puerto. Ya había oscurecido y los padres estaban alarmados. Finalmente, no recuerdo cómo pero un poco asustados, llegamos a tierra.

A pesar de esa timidez y terquedad infantil, durante toda mi trayectoria de diez años en la escuela, fui una alumna destacada por excelencia. Tanto, que me otorgaron la *matura*, el certificado de bachiller, “cum laude”, con honores, quedando eximida de dar exámenes finales. Mis cuadernos y dibujos eran siempre exhibidos en las exposiciones de fin de año.

## TEATRO en mi escuela

En quinto año se formó un pequeño grupo para hacer teatro con la profesora de dicción y pronunciación, una actriz teatral retirada y persona muy querida, Hanczakowa.

Escenificamos un fragmento del poema dramático “Dziady”, Ancianos, del emblemático poeta polaco Adam Mickiewicz.

Yo tenía un pequeño rol, el del primer anciano del coro. Consistía en repetir varias veces una enigmática frase, paseando lentamente por el escenario: “*Oscuridad, oscuridad por doquier, ¿qué será? ¿qué será?*”

Yo iba vestida con una larga capa, el pelo suelto empolvado y un largo bastón en la mano, para subrayar lo dicho. Esta frase me daba miedo y, según la maestra, logré transmitirlo.

¿Habría sido un presentimiento del poeta? Porque más tarde llegó efectivamente el Apocalipsis. Adam Mickiewicz había nacido en Lituania en el año 1798 falleciendo en 1855. Sus restos se encuentran en el más distinguido cementerio de Polonia, en Wawel de Cracovia, la residencia de los reyes, que sobrevivió intacta la Segunda Guerra Mundial, ya que Cracovia fue declarada “ciudad abierta” por lo que no fue bombardeada.

## DEVALUACIÓN

Mi biografía incluye dos grandes devaluaciones financieras provocadas por acontecimientos históricos protagonizados por Polonia. Su ocupación y repartición por parte de Rusia, Alemania y Austria, quedando Polonia borrada del mapa.

La primera: Yo no había llegado aún a la edad escolar cuando el abuelo Josef me regaló una caja llena de rublos rusos. ¡Billetes grandes y perfumados! Todos me preguntaban qué haría con ese tesoro. “¡Quiero hacer una “botica”, una farmacia!” Les pareció buena la idea y comenzaron a regalarme frascos y potes de distintos tamaños y formas; flacones decorativos de perfumes destinados al prestigio de la botica, y lo demás para la venta. El problema fundamental era dar con una “sede” adecuada. Una de las muchachas me prestó la valija de madera con la que había venido desde su lejana provincia, ¡un tesoro!

Quedaba (igual que hoy) el problema de la seguridad, pues mis hermanos-bandidos acechaban... Yo les permitía comprar sin tocar. ¡Por suerte la valija se cerraba con grandes cintas y una cerradura, sin llave! Sin llave imposible. Una tía me regaló un muñeco con uniforme militar, casco y sable, con lo que la seguridad dejó de preocuparme. ¿Por qué había elegido yo precisamente una botica? Porque el dueño de la botica vecina era mi gran amigo. Allá la *niania* me dejaba tranquila. ¡Él me sentaba sobre el mostrador y me permitía mover la manija de la caja, que hacía un gran ruido, lo que me hacía sentir totalmente feliz! Yo, que sabía leer desde los cuatro años, tenía un pacto con el boticario: Tenía que contarle todas historias que había oído o leído.

De la segunda devaluación no puedo precisar la fecha, ya que el territorio de Polonia pasaba todo el tiempo de mano en mano, y después de Rusia la ocuparon los alemanes, “*Deutschland über alles*”. Lógicamente, por el gran crash el marco alemán perdió todo su valor. Hubo otra emisión de diferente forma y color. Entonces mi papá me regaló una bolsa entera llena de billetes en desuso. No eran perfumados ni grandes. ¡Yo, sin respeto alguno, los recorté y armé un payaso con una sola pierna, víctima de la guerra! Y enmarcaron esta “obra de arte” ...

## HUEVOS a las SIETE de la MAÑANA

Las pequeñas-grandes costumbres de la vida diaria de mi familia en la luminosa época de mi infancia y adolescencia, echaron raíces y florecieron...

Nosotros tuteábamos a nuestros padres y abuelos maternos, cosa que en aquella época no se acostumbraba. A los mayores se los trataba de usted.

Las clases en la escuela comenzaban a las 8 de la mañana. En Polonia, en invierno, a esa hora todavía está oscuro y el frío puede alcanzar los 25 grados bajo cero.

Normalmente apurados para salir hacia la escuela, para defendernos de un posible resfrío la *niania* nos obligaba tragar dos huevos pasados por agua batidos con un trozo de manteca. Protestando tragábamos ese verdadero escudo, y con esa carga en el estómago el frío ya no resultaba peligroso...

## El "KRUPNIK" de los JUEVES

Cada jueves a lo largo de los dos pisos de la escalera había gente hambrienta formando una silenciosa cola. Cada uno recibía un plato de consistente sopa con carne, es decir "*krupnik*", puchero, y pan. Esos jueves nosotros comíamos la misma sopa de los pobres. ¡Qué lección tan importante!

Otro recuerdo:

Los jueves mamá acostumbraba hacer la gran compra para la semana. Cierta vez, como premio, me llevó con ella. En la pescadería me regalaron un pequeño pez vivo. ¡Una gloria! A mis hermanos no les permití tocarlo, sólo mirarlo. Y por las dudas lo escondí muy bien, pero pronto se me pasó el entusiasmo y me olvidé de él. Al tiempo comenzó a sentirse un fuerte olor a podrido en la cocina. Por supuesto encararon una gran limpieza a fondo, y por supuesto encontraron el cadáver de ese pobre pez...

## La PUSHKE del KEREN KAYEMET

En cada casa había colgada una “*pushke*”, una alcancía del Keren Kayemet. Como para mí estaba demasiado alta, me levantaban para que pudiese echar con mi propia mano las monedas para un árbol en la entonces Palestina. ¡Y me resultaba emocionante!

Otro recuerdo:

Las calles de Varsovia estaban iluminadas con faroles de gas. Un hombre armado con una antorcha montada sobre un largo palo prendía esos faroles a la tarde y los apagaba a la madrugada.

Recuerdo el momento en que instalaron la electricidad en nuestra casa. ¡Fue una sensación fantástica, imposible de imaginar hoy!

## La SEÑORA LAVENDA

Esa señora era una amiga de la familia. Mayor que mi mamá y menor que la abuela, no tenía hijos y volcó en nosotros toda su calidez de madre frustrada. Y nosotros la queríamos sin reservas. Y mucho más querible aún era su esposo. En cierta, discreta medida, reemplazó al abuelo Josef, prematuramente fallecido.

¿Por qué esta introducción? Sucede que cierta tarde, la señora Lavenda, siempre tan elegante y sobria, se apareció muy maquillada y con un llamativo pañuelo atado al cuello. Yo entré a saludarla como de costumbre, pero me quedé muda. Parecía trastornada.

Cuando se fue, me llamó mamá muy seria, preocupada por el estado mental de su querida amiga.

Yo ya había cumplido catorce años, ya era una señorita, y mamá me consideraba madura y confiable. Entonces mamá me dijo (y sigue diciéndomelo):

“Escúchame bien, hija mía: Si algún día me ves ridículamente vestida, como nuestra amiga, te autorizo a no permitírmelo, aunque sea por la fuerza... La ridiculez es una gran amenaza para una mujer y yo la temo... Te doy una orden, que será en su momento tu obligación.”

Un largo abrazo culminó ese solemne momento.

Mi mamá era coqueta con límites. Yo lo heredé, y también su temor a la ridiculez!

Ahora, a los noventa años, ya exagero y me controlo mucho con un “ya no”. ¡Y considero que es mejor así!

## FILATELIA, NOBLE HOBBY FAMILIAR

Cierta tarde nos visitó la tía menor, Eva, con su hijito de ocho años. Yo no lo conocía. Entonces le hice la clásica pregunta: “¿Cómo te llamas?

Y él me contestó: “¡¡*Dodus*, filatelista!!”

Lo dijo con tanto orgullo que me impresionó. “¡Qué autoestima!”, pensé. Y él me enseñó, muy serio, la técnica que se utiliza para preparar una estampilla para incluirla en el álbum.

“Porque no todos lo saben, yo sí... La primera condición es recibirla (si es un regalo) con el trozo del sobre donde está pegada. Entonces se la pone en un remojo especial. Luego se le quita con suma delicadeza los restos de papel, con una pinza, sin dañar los bordes. A continuación se la pone sobre papel secante...”

Entre los pliegues de mi memoria se conservó el orgullo de este hombrecito de ocho años.

En mi casa había cinco hermanos, y cinco álbumes con sus útiles. ¡Cada uno tenía su territorio exclusivo con fronteras aseguradas por la palabra de honor! Y ninguno se atrevió violarlas... Mapas, manuales de geografía e historia.

A veces había dificultades para descifrar los nombres escritos con alfabeto cirílico. El ruso lo sabía el abuelo, pero no el turco.

Había grandes peleas “profesionales” por la autenticidad o por la fecha de emisión, dificultada por un sello del correo desprolijo.

En Varsovia existía un importante centro filatélico en la calle Swientokrzyska en la que había varios negocios muy especializados, que disponían de mapas de distintas épocas, diccionarios y enciclopedias a disposición de su tan joven como respetable clientela. Y les brindaban con cariño sabios consejos.

El “clan Gartenstein” tenía su fiel proveedor, el señor Kleinsiger, hombre elegante de larga barba y kepi. Muy preparado, hablaba un impecable polaco sin acento ídish. Si recibía algo especial avisaba por teléfono.

Los educadores y los padres apreciaban el enorme valor cultural de este hobby juvenil.

Me llama la atención que este hobby fascinase solamente a los varones y hasta más o menos los 16 años. No conocí ninguna nena filatelista. ¿Por qué será?

## Una FLORCITA de MONTAÑA

El trozo de hielo que tengo puesto sobre mi cara, tras una intervención quirúrgica, despertó de pronto en mí este pequeño recuerdo que retuvo mi memoria durante **75 años**.

¿Dónde ubicarlo? Varsovia, Polonia. ¡Luminosa juventud...!

Las autoridades de mi *gimnazium*, mi escuela secundaria, habían organizado para las vacaciones del invierno una excepcional excursión a las altas montañas, a Tatry, al establecimiento perteneciente a la Sociedad Judía de Fomento de Turismo (Z.T.K., *Zydowskie Towarzystwo Krajoznawcze*) en Jaszczvrówka, una cumbre donde los lagartos (*iaszezurówka*) toman sol... Tomaban parte de la excursión las alumnas del cuarto y quinto año de la secundaria. No era sencillo. Debíamos convencer a nuestros padres, inquietos por la seguridad y elevado costo. También al médico escolar. No todas eran aptas para soportar los 1200 metros de altura. Y el viaje en tren era largo. Pero a esa entusiasta edad nada es largo, feo o difícil. ¡Envidiable estado!

Al día siguiente nos reunimos en una terraza panorámica que parecía un campo de amapolas en flor. Veinte cabezas cubiertas con gorras rojas con un pompón negro en movimiento en la punta. Todavía no había fotos en colores. Esas gorras eran obligatorias como una distinción, señal de pertenecía al grupo de la Z.T.K..

Maravilladas admiramos el grandioso paisaje blanco a pleno sol, nunca visto antes. La orden era no apartarse del grupo. Pero dos amiguitas y yo, estábamos curiosas por ver un poco más allá. Con gran cuidado nos escurrimos detrás de un enorme árbol cónico, una especie de pino montañés, de tronco protegido por una coraza de ramas horizontales como brazos, con manos llenas de brillante nieve. Ese coloso estaba bien aferrado a la tierra para defenderse de los huracanes de altura. Naturaleza previsorá...

Sorpresivamente encontramos una maravilla. De la espesa capa de nieve surgía una pequeña, humilde florcita blanca, como una pregunta: "¿Dónde estoy?" Nos cortó la respiración. Las tres, inclinadas sobre ella, nos sentíamos testigos de un despertar cósmico.

Ensimismadas, calladitas, volvimos al grupo sin contar lo vivido, y lo recordamos durante muchos años, en voz baja, como un íntimo secreto.

Pasaron desde entonces 75 años, turbulentos, difíciles, pero no lo he olvidado. Ese recuerdo perduró en alguna cápsula cerebral.

Y ese bautismo no fue pasajero. Mantuve siempre ese contacto con el Z.T.K., tanto para vacaciones de invierno como de verano. En invierno, durante los paseos nocturnos en noches blancas, a la luz de la luna en ese paisaje irreal, volvíamos a contar cada año aquella deslumbrante experiencia.

La última excursión veraniega fue al norte de Polonia en la frontera con Lituania. Con un kayak fuimos a los Doce Lagos, a un punto estratégico desde donde se los admira a todos juntos, siendo los lagos más grandes el Narocz y el Dryswiaty.

Eso fue en agosto de 1939. Fue la última excursión. Volvimos a Varsovia en el último tren que clausuraba una época... ¡¡Después llegó el Apocalipsis!!

# De LOS AÑOS NEGROS

## VICISITUDES en el GHETTO DE VARSOVIA y un manojo de espinas

*El Ghetto bombardeado y en llamas no interesa a nadie.  
Sucede en otro planeta...*

“Nuestra fortaleza está en nuestra memoria”.  
Para explicar las siguientes pequeñas-grandes vivencias,  
se debería reconstruir el fondo histórico de la época;  
es importante para las generaciones más jóvenes,  
que NO pueden comprender ni creer ese pasado.

### La forzada ida al GHETTO

Nuestra casa quedaba fuera de los límites fijados al ghetto de Varsovia, de modo que fuimos obligados a abandonarla dejando todo lo que contenía.

Impotente, perpleja me detuve frente de nuestra biblioteca llena de tesoros. En un volumen de la Mishná había un detallado registro de los nacimientos familiares, y en otro, un registro de los decesos.

Lo único que atiné a hacer entonces, en un gesto desesperado, fue...  
¡¡echar llave a la biblioteca y llevarme la llave!!

## Epidemia de TIFUS

Sucedió en la primera época del ghetto de Varsovia, cuando aún no había sido cerrado. Era algo previsible. Habían traído masivamente a Varsovia, desde lejanas aldeas miserables, a judíos en condiciones calamitosas, sin posibilidades de higienizarse, cubiertos de piojos, hambrientos, desorientados, sonámbulos, portando bacterias de tifus. Y metidos en el estrecho espacio al que fueron confinados los judíos en esa ciudad, sin contar con ayuda alguna, ante una increíble indiferencia, la gente se moría por las calles, sus cadáveres eran cargados como basura en carros “Pinkert” y sepultados en fosas comunes cubiertas con cal. Enmarcada en ese entorno infernal, como voluntaria del “Hogar Korczak” yo me metí entre grupos de chicos abandonados, moribundos, desmayados de hambre, cansancio y... miedo. Los piojos, por supuesto, me atacaron con furia y tras los catorce días de incubación correspondientes caí enferma de tifus. Cuarenta y un grados de temperatura, delirio, inconsciencia.

La mortalidad era enorme, porque a la gravedad de la epidemia se sumaba la falta de esterilización de las inyecciones aplicadas a un enfermo tras otro con la misma aguja. Además, las autoridades alemanas habían ordenado, previendo terribles amenazas para quienes no obedezcan, que los enfermos de tifus sean entregados a los hospitales, lo que significaba una muerte segura.

¿Cómo fue que yo sobreviví a esta epidemia? No fue por casualidad sino consecuencia de una larga historia, que me retrotrae a mi época de estudiante universitaria. Yo quería estudiar medicina pero sólo pude ingresar a “Humanidades”. (En otras facultades no aceptaban judíos, aplicándoles normas de “*númerus clausus*” o “*númerus nullus*”, que autorizaban el ingreso de un cupo ínfimo de judíos o que lo impedían totalmente.) Allí, ya no recuerdo en qué circunstancias, conocí a Eva, una estudiante de Farmacología que había venido del interior para matricularse en la Universidad de Varsovia. Provenía de una familia judía tradicional que no podía costearle los estudios. No sé por qué la invité a mi casa, donde fue recibida, por supuesto, con simpatía.

Mi mamá, con su instinto de *ídishe mame*, percibió que la jovencita pasaba hambre, y en cada ocasión la invitaba a compartir el almuerzo con alguna excusa: “Justamente hoy tenemos un plato típico de su región”. Con el correr de los años ya era algo así como un miembro más de mi familia. Era una muchacha desprovista de gracia y excepcionalmente fea, pero emanaba simpatía, tenía una sonrisa fácil y un ocurrente sentido del humor; la queríamos mucho.

Sucedió que Eva se enamoró de un colega, un joven delicado, callado, hijo único de una familia muy rica y muy snob, propietaria de un próspero y famoso laboratorio farmacológico. Esa familia soñaba casar a su hijo con una princesa, de modo que se resistió a aceptarla como futura nuera. Pero tras sufrir un sinnúmero de humillaciones ganó la partida. Se casaron quedando oficialmente consagrados copropietarios de la fortuna familiar.

Volviendo a la epidemia de tifus. Corría el año 1939, clima de guerra, pánico. La gente acumulaba víveres y máscaras antigás. De pronto, sin previo aviso, llega a casa un gran cajón repleto de toda clase de medicamentos, jeringas, agujas, gasas, vendas, etcétera. Todo lo que durante una guerra no se consigue.

Contar con todos esos elementos durante mi enfermedad fue milagroso. A eso se añadía el que tuviésemos por vecina a la doctora Roll, una médica, soltera, muy apegada a nosotros, que venía dos veces por día a aplicarme glucosa y codeína. Y lo que no era menos importante, mamá permaneció acompañándome todo el tiempo, encerrada conmigo.

Me contaba luego que para prevenir la calvicie me había cortado mis largas trenzas, llorando. Y me contaba también que mi afiebrado delirio yo me la había pasado hablando, contando historias de exóticos viajes, fantasiosos ecos de mis profusas lecturas.

## DESRATIZACION

Transcurría el año 1943. Yo estaba en el Ghetto de Varsovia, Polonia, en pleno invierno; el termómetro registraba una temperatura muy cruel: 25 grados bajo cero. Cierta madrugada de esos inclementes días, los nazis me atraparon junto con otras mujeres y nos llevaron a hacer “trabajos forzados”, a limpiar ventanas, pisos y cloacas.

Entre la parte aria y el ghetto había una franja de casas deshabitadas, destruidas, de estructuras carcomidas y abiertas ventanas destrozadas, casas que habían pertenecido a judíos. Ahora las ocupaban en forma masiva las ratas, por lo que se hacía imperioso aniquilarlas ya que contaminaban el “aire ario”, al igual que lo hacían los judíos, según nos decían. Para esta “noble tarea” las más indicadas eran las mujeres judías, por lo que se formó un grupo de alrededor de una veintena de ellas que, en parejas, fuimos enviadas a los oscuros y fríos sótanos. El espanto fue mayúsculo: Nos atacaron montones de ratas grandes, furiosas. En esas circunstancias descubrí que mi pareja --¡oh ironía del destino!-- era quien fuera mi profesora de literatura en la secundaria, la doctora Flaum, oftalmóloga de profesión. En verdad, no tengo palabras para describir el dramático, increíble encuentro en momentos tan terribles. Recuerdo que ambas quedamos como petrificadas, sin lágrimas ni gemidos, en un fuerte y prolongado abrazo. Así estábamos cuando el “capo” con gritos y blandiendo su bastón “de mando” nos recriminó duramente, emplazándonos nos dediquemos “al trabajo”.

Mi obligación, en tan desagradable menester, era cargar el veneno, por supuesto sin guantes. A la doctora Flaum le correspondía indicarme dónde colocarlo estratégicamente. Era una “meritoria” tarea y como premio por realizarla me enfermé, cosa previsible por lo desnutrida que estaba y por lo desabrigada. Mi abrigo ya me había sido atentamente confiscado por la Gestapo. Nunca más volví a ver a la doctora Flaum.

## OTRA ESPINA

Los alemanes estaban siendo apurados. Anhelaban comunicarle a Hitler, en el día de su cumpleaños, que Varsovia ya estaba "*juden rein*", limpia de judíos. Pero los judíos, insolentes ellos, no sólo no querían morir sino que, para colmo, tenían la desfachatez de matar alemanes...

Cierto día, sometidos a un intenso bombardeo, yo estaba en el bunker, congelada, sentada sobre una de las tuberías del edificio. De pronto, como una sonámbula, me incorporé del "confortable" asiento y fui a sentarme en el otro extremo del mismo caño.

Habían pasado apenas un par de minutos cuando, con el consiguiente estruendo, parte de una bomba hizo su ingreso por algún lugar y cayó justo donde yo había estado sentada muy poco antes. Hubo varias personas heridas pero guardando un prudente total silencio.

Subsisten en mí todavía hoy varias preguntas que, como dardos, agujinean mi mente: ¿Por qué cambié de lugar poco antes de que entrase el artefacto explosivo? ¿Fue una orden? ¿Quién la impartió? ¿Habrá sido intuición? ¿Un presentimiento? ¿Quién se había preocupado por mí?

## Un gatito para IRKA

Varsovia, enero de 1943. Ghetto. En un profundo bunker-tumba, perfectamente camuflado, se oculta un grupo de cincuenta, sesenta personas de todas las edades. Los hombres jóvenes permanecen arriba, de guardia, mi esposo entre ellos.

Se me acerca una niña de unos tres años.

--¿Cómo te llamas? -me pregunta.

--Lena, ¿y vos?

--Yo Irka. ¿Por qué no lloras? ¿No te duele nada? A mi mamusha le duele la pancita, por eso llora.

--Sentáte conmigo y vamos a hablar a solas, bajito, en secreto, ¿sí?

--Sí, sí.

Y comencé a contarle un cuento.

--Una vez, una nena como vos, caminaba cantando por un bosque llevando un gatito.

--¿Qué es un bosque, Lena?

--Son muchos árboles juntos.

--¿Cómo es un árbol?

Alguien me alcanza un papelito y un lápiz. Dibujo.

--¿Pero el gatito cómo era?

--Blanco, con colita y orejas negras como tupelo.

--Quiero un gatito igual.

--Bueno, prometo regalártelo. ¿Cómo vas a llamarlo?

La promesa fue sellada con un apretón de manos.

Los niños eran un peligro en el bunker. Se los hacía dormir con Luminal, si es que había...

## BUNKER

En varias de mis sentadas en el bunker yo tenía una compañera, Leonka Jarecka, y Rysio, su hijo de diez años. Ese chico era pelirrojo, lo que significaba un peligro más. Su madre le lavaba la cabecita con un brebaje que debía haber sido agua oxigenada, pero que no lo era. El cabello se le volvió verde o azul. El único remedio que quedaba era afeitarse la cabeza, ¿pero con qué?

Finalmente la madre, con una tijerita, le cortó pelo por pelo y en una valija, con un contrabandista --profesión muy honorable por aquel entonces-- lo envió a la parte aria de Varsovia.

Para los varoncitos, que cargaban la indeleble marca de la circuncisión, resultaba especialmente difícil encontrar escondite. ¿Cómo explicarle a un chiquito de pocos años que no debía bañarse con los otros chicos en el Vístula, para no bajarse los pantaloncitos?

Rysio sobrevivió. Con la aliá infantil llegó a Londres y luego a Israel. Actualmente es abogado en Jerusalem.

También sobrevivió Leonka, su madre, escondida como yo. Sólo que sin contar con el respaldo de la Resistencia, tuvo que pagar una fortuna. Cuando terminó la guerra, vivió con nosotros en Lodz. Nos unía una profunda amistad forjada en situaciones límites. Se casó con un admirable amigo nuestro, el ingeniero Marian Wajs, y en 1952 se asentaron en Israel. Ambos fallecieron ya, hará unos cinco años.

El primer marido de Leonka, un médico, el Dr. Jarecki, oficial del ejército polaco con el grado de mayor, había sido fusilado en 1940, junto con otros diez mil oficiales polacos de alta graduación, en la tristemente famosa masacre del bosque de Katyn. Durante mucho tiempo no se supo si esta matanza había sido obra de los nazis o de los rusos. Todos los asesinados presentaban un tiro en la nuca, marca alemana, pero... en 1990 la Unión Soviética reconoció la responsabilidad de su policía secreta en esa masacre.

14 DE ABRIL DE 1943

*Dedico éste testimonio a la memoria  
de Adam, mi esposo, que supo sobreponerse a sus sentimientos  
para salvar mi vida.*

Ese 14 de abril fue un día crucial en mi vida, al borde de la muerte. Yo no lo sabía, pero para cinco días más tarde estaba previsto donde yo me encontraba, el Ghetto de Varsovia, el estallido del histórico levantamiento. ¡¡¡Desde ese 19 de Abril de 1943 ya pasaron sesenta años!!! Me resulta difícil creerlo.

Quiero recordar mi pequeña prehistoria de ese suceso. Adam, Adek, mi esposo, pertenecía al pequeño y exclusivo grupo que preparaba ese estallido, para nada improvisado ni repentino. Era la culminación de largos preparativos tanto mentales como físicos. Una de las consignas convenidas entre ellos era **NO** contar nada a sus mujeres, y no por desconfianza sino por otros muy sabios motivos.

Todos estaban preparados para morir; no había otra perspectiva. La única pregunta era cómo. Lo más probable era que fuese a consecuencia de mortales torturas... Y la persona torturada no puede controlarse, ya no es una persona. Dice todo lo que sabe o acepta lo que le sugieren. Lo que deseaban evitar a los otros era esa tortura mortal.

Las mujeres judías eran expuestas de manera especial a torturas increíblemente salvajes. Según la ley de "*Rassen Schande*" eran intocables para los arios, pero por otra parte la "carne" judía les resultaba muy atractiva. De modo que una de las torturas era una jauría de veinte, treinta hombres (?) con el pene afuera, haciendo fila para penetrarlas hasta que destrozarlas. Ninguna mujer sometida a esa tortura sobrevivió...

Por esa razón mi esposo no me informaba. El olfato me decía que algo se estaba tramando, por lo reservado de su comportamiento conmigo, tan distinto del acostumbrado. Y mi ignorancia me llevó a tomarlo con amargura como un acto de discriminación.

En la víspera del día decisivo Adam, muy concentrado, crispado, me habló en términos que todavía llevo grabados en mi sangre:  
“Escúchame. Esta es la única vez en que te ruego te comportes como una esposa obediente. No te opongas y permíteme hacer. Sé que me tienes bronca pero pronto comprenderás la razón de mi dureza y me perdonarás. No es una afrenta a tu independencia. La conozco bien y siempre la respeté orgullosamente, ¿no es cierto?”

Y a continuación me dio una cantidad de indicaciones preparatorias:  
“A la madrugada saldrás como siempre con tu grupo de mujeres para trabajar. Un hombre se te acercará y tomado tu mano te conducirá a donde está convenido. No preguntes nada. Haz todo lo que él te indique. Es una persona de suma confianza. Ponte unos vestidos livianos, sencillos, un sombrero blando y guantes en el bolsillo. Muy importante, no lles ningún papel escrito. Ahora tratemos de dormir un poco, Laichunia. Nos espera un día difícil...” Laichunia, ese modo cariñoso de llamarme, como lo hacía mi bisabuela, le brotó por una grieta en su coraza...

En ese momento no nos podíamos imaginar siquiera que pasarían dos años enteros sin una noticia. Cada uno pensaba del otro como de un muerto. ¡Y razones para eso sobraban! Durante muchos meses yo me había negado a salir del ghetto a la parte “aria”. Yo decía que prefería morir entre los míos y no entre polacos. Que moriría estaba claro, sólo se trataba de elegir dónde.

Ese día clave, el 14 de Abril de 1943, tal como estaba previsto salí a las seis de la madrugada con un grupo de mujeres para trabajar en esos menesteres tan difíciles como denigrantes a los que nos habían destinado, entre brutales insultos y cada tanto algún azote con una especie de rebenque. Nos contaban en el portón del ghetto, ya que a la vuelta debían entrar la misma cantidad de “esclavas”.

De pronto se me acercó un hombre murmurando su nombre, Felix, un polaco enviado por la Resistencia. Lo seguí totalmente ajena, atrofiada, sin comprender la importancia del momento. El hombre me ordenó quitarme el pañuelo de la cabeza y ponerme el sombrero. Me tomó del brazo diciéndome: “Ríase; aquí nadie llora.”

*Félix:* --Nos vemos ahora por primera vez, pero ya te conozco bien. Te hemos estudiado. El de hoy no es tu primer desafío ni será el último que tengas que afrontar. Sé que tienes una ambición de no rendirte, y que eso te da fuerza. Tu mérito es que tienes los ojos abiertos y la boca cerrada. Por esta razón te tenemos confianza. ¡Eres fuerte! Hoy no lloraste ni suspiraste, sino que encontraste fuerza suficiente como para mostrar los dientes en una mueca que pudiera llamarse "sonrisa". Es una parte del examen. Pero dejemos la psicología. Dime qué sabes hacer. ¡Es necesario que les seas útil!

*Yo:* --Lo que sé de antes seguramente no vale. Ahora tengo una especialidad única; me volví especialista en desratizar sótanos, en lavar cloacas y dominar el asco. ¿Es útil? Y sé algo de costura.

*Félix:* Esto último es importante. Díselo a las muchachas. ¿Qué más?

*Yo:* --¿Qué sabes de mis futuras patronas?

*Félix:* --Son buenas personas, y fueron muy castigadas por nuestro común enemigo, víctimas de la misma tragedia. Eso une. Y son valientes. Debes ganar este desafío por Adek. Él merece tu sacrificio. ¡Lo sabes muy bien!

Félix me llevó a un departamento desocupado, totalmente vacío, y me dejó sola diciendo que pronto me vendrían a buscar. ¿Qué es pronto? ¿Cómo se mide el tiempo en estas circunstancias? Yo no llevaba reloj, estaba prohibido. Me cuesta recordar mi trágica figura, sentada en el piso con el sombrero y los guantes puestos. Temblando de frío. Esperando. ¿Qué? ¿A quién? Tal vez no pensaba en nada. Estaba ausente... Había oscurecido ya cuando llegó un hombre, Eduardo. Muy amablemente me consoló. Controló mi vestimenta, si estaba a la moda. Subimos a un tranvía repleto. Lo cambiamos varias veces porque a Eduardo le parecía que alguien me miraba con insistencia sospechosa... Después de un largo recorrido, finalmente llegamos a Mińska 7, en Praga, en la ribera derecha del Vístula. Dos jovencitas, Alicia y Olga, me recibieron amablemente y bastante asustadas. De inmediato me ofrecieron un té caliente...

Eduardo desapareció enseguida. Con esas señoritas conviví diecisiete meses. Ellas trabajaban todo el día y volvían a la hora del toque de queda, de modo que yo vivía como en una prisión, con un gran candado en la puerta para que los de afuera crean que no hay nadie adentro...

Al día siguiente, 15 de abril, comenzó a pasármese la “anestesia”. Donde estaba era un departamento de dos ambientes, en planta baja, interno, no daba a la calle, con un pequeño jardincito donde jugaban los niños de los vecinos. Los muebles y todo lo demás era muy pobre. Me llamó la atención la falta total de libros y revistas. Sólo vi la biografía oficial del Mariscal Pilsudski. Y había una máquina de coser a pedal.

Enseguida dije a las muchachas que yo sabía coser y que si querían arreglar algún vestido lo haría gustosamente. Gran alegría. Un puente importante. En esos días la ropa y todo lo “ex judío” yacía disperso por las calles y la gente lo tomaba todo. Trajeron varios vestidos. Trabajé mucho pero se me presentó una inesperada dificultad. La máquina de coser era a pedal, usándola producía ruido, algo “enemigo”, peligroso, ya que se podía escuchar afuera. Entonces manejaba la rueda a mano, punto por punto. Con este método, lo que normalmente debía tomar unos minutos significaba muchas horas de tensión y desgaste nervioso. ¡Era duro! Las chicas nunca habían estado tan bien vestidas, pues yo les hacía modelos exclusivos...

Cierto día trajo Alicia, con gran alegría, un enorme manto de oraciones jasídico, un *tales* de lana para yo le hiciese con él un vestido de dos piezas. Al verlo quedé helada. Yo no soy religiosa, pero el *tales* es por tradición algo sagrado. De ninguna manera podía utilizarlo, pero ¿cómo explicárselo a las chicas sin ofenderlas? Un dilema...

Juntando fuerzas les expliqué qué significa el *tales*, les dije que es un manto de oraciones empapado de lágrimas y súplicas, y que acompaña a un judío durante toda la vida y también en la tumba. Y les dije también que hacer con él un vestido sería un sacrilegio que podía traerles desgracias. ¡Se asustaron! Me abrazaron y tranquilizaron, pues yo temblaba. Al día siguiente, con todo respeto, sacaron de la casa ese peligroso *tales*...

Este suceso me emocionó profundamente. Lo percibí como una misteriosa señal. No me cabía duda de que significaba algo, ¿pero qué? ¿cómo interpretarlo? Este interrogante me inquietó durante mucho tiempo. Típica reacción de prisionero, siempre en busca de salvación; ¡alguien para quien un pajarito en la ventana es una promesa de libertad...! Sueños, pesadillas, alucinaciones.

## NAVIDAD

Era el resto de una familia polaca de pura sangre, antisemita, perteneciente a un partido como lo fuera Tacuara en Argentina. Cierta noche la Gestapo asaltó a esa gente acusándola de divulgar literatura subversiva, y fusilaron en el acto al padre y a un hijo de veintidós años. A la madre la enviaron a un campo de concentración. Quedaron con vida dos chicas de 16 y 21 años, totalmente desamparadas y por demás pobres.

La Resistencia consideraba que esta casa era segura, apta para esconder judíos si se pagaba bien.

Viví con esas chicas diecisiete meses en amistosa convivencia, compartiendo el frío, el hambre, el miedo y la almohada, saturada de lágrimas.

La noche de la vigilia navideña decidieron pasarla en la casa de una tía. Yo me quedé sola sumida en una total oscuridad; era riesgoso encender la luz. Era una planta baja, y el portero había sido informado que en el lugar no había nadie pues las chicas se habían ido a la casa de una parienta.

En algún momento de esta tan tensa como angustiante noche me alarmaron unos fuertes golpes, al estilo Gestapo, contra el portón de la calle. El portero demoró en abrir; pero una vez hecho esto, entraron unos hombres profiriendo gritos e insultos y se dirigieron directamente a la escalera de la vivienda donde me ocultaba... pero no se detuvieron en mi puerta. Subieron a los pisos superiores. "Se equivocaron..." pensé. "Pronto bajarán a detenerme... ¡Las chicas me traicionaron!", era mi trágica reflexión. No había pasado mucho tiempo cuando oí que los hombres descendían renegando contra una persona que, al parecer, habían sacado violentamente de la cama... Ya estaban en la calle. ¡Evidentemente no había llegado mi hora todavía!

Al mediodía volvieron las chicas con regalos y cariñosos abrazos.

## Mi ENEMIGO

¿Quién era mi enemigo? ¡Realmente todo y todos!

Los chicos del jardín pegaban las narices a la ventana para ver qué pasaba adentro. Nunca vieron a nadie, por supuesto. Incluso una vez tocaron el timbre. Eran chiquitos y no habían visto el candado colgado en la parte superior...

Yo no podía bajar el agua en el baño porque hacía ruido. Tampoco podía llenar la pava con agua de la canilla porque hacía ruido. Para preparar un té para las chicas antes que ellas viniesen, yo llenaba la pava con un vaso, lentamente. Y es sabida la maldad de las cosas, que se caen de las manos en los momentos menos oportunos, momentos siempre peligrosos en aquella situación.

## “MIRADA JUDÍA”

Durante todo mi encierro en la “parte aria” de Varsovia no tuve ningún contacto directo con ninguna persona de la Resistencia. Salvo el 14 de abril, cinco días antes del Levantamiento, cuando Feliks me sacó del ghetto para ubicarme en la calle Mūska 7, en Praga, es decir en la ribera derecha del Vístula. No sé quién ni cuándo le pagaban a Alicia por mi alojamiento. Todo estaba misteriosamente organizado. Y eran muy frecuentes que me cambiasen mis nombres y mis “documentos”.

Cierto día me pidieron una foto mía para conseguirme una auténtica “*kenkarte*”, el documento que regía en ese momento. Era un problema; yo no tenía ninguna fotografía. Pero Alicia se consiguió prestado un aparato fotográfico. Y me sacó una foto, y otra, y otra más, pero las fue descartando una a una porque todas delataban mi “mirada judía”. Esa tortura duró más de una hora hasta que finalmente perdí la paciencia. Con rabia le dije: “¡No quiero ninguna foto más!” En este momento Alicia hizo “click” y obtuvo una foto aceptable por la chispa de rabia en mi mirada no judía...

## El ONOMÁSTICO de ALICIA

De entre los pliegues de mi memoria rescato con toda su frescura el siguiente episodio:

En Polonia y en otros países no se festeja el cumpleaños sino el Onomástico, el día del santo cuyo nombre tiene.

El onomástico de Alicia era el 23 de junio, en pleno verano. Alicia era una de las dos hermanas de pura sangre aria-polaca con quienes, oculta en su casa como polaca, conviví durante 17 meses. Y la llegada de esa fecha planteó un gran “problema”: Qué hacer conmigo. Porque Alicia estaba obligada a invitar a sus compañeros de la fábrica, ¡eso era inevitable! Y el departamento que compartíamos sólo tenía dos habitaciones, así que de esconderme ni pensar.

Finalmente resolvimos que me presentarían como una invitada. Pero yo estaba sumamente pálida mientras que todos se veían tostados por el sol. Entonces compraron una crema de color adecuado para maquillarme. El vestido no era problema, porque yo había salido del ghetto llevando puestos tres vestidos encimados.

Alicia me aconsejó que **no** hablase en la mesa de literatura, porque ese era un tema de judíos, y que no usase expresiones inteligentes (sic). Y no es que ella fuese analfabeta, era bachiller. Lo decía preocupada y por precaución.

Una tía, que sabía que una judía vivía con ellas pero no me conocía, encontró entre las quince invitadas una con aspecto casi judío...

Cuando todos se levantaron de la mesa y comenzaron a charlar por separado, esa tía se llevó a aquella muchacha a un rincón y comenzó a consolarla, le decía “que no estuviera triste, que la guerra estaba por terminar”, etcétera. La “víctima” llegó a la conclusión que se trataba de una vieja loca.

¡¡¡Mi gran alivio fue que a nadie se le ocurrió que **yo** fuese judía!!!

Ése fue un pequeño pero significativo “logro” en la constante, sumamente tensa lucha durante esa vida clandestina.

## LA CLANDESTINIDAD

La vida clandestina, llamada peyorativamente “resistencia pasiva”, no era pasiva en absoluto. Todo lo contrario. Rodeada de enemigos mortales, invisibles, en constante acecho. Una estaba siempre alerta y ni el sueño otorgaba descanso. Este era superficial porque los agudizados sentidos permanecían atentos a los menores ruidos de la calle, mi potencial amenaza. ¡Era una vida no vivible! Sometida a un enorme desgaste tanto psíquico como físico, sin perspectiva alguna, me preguntaba hasta cuándo resistiría.

Un capítulo aparte lo constituían los frecuentes cambios del documento de identidad, con sus nuevos nombres y apellidos. Esos falsos documentos necesitaban de una pizca de verdad. La red de voluntarios la buscaban en los registros de bebés bautizados en las parroquias de las iglesias. Por consiguiente planteaban una multiplicidad de preguntas sin respuesta.

Se suponía que aquel bebé había crecido, ¿qué ser humano sería yo como adulto, su encarnación, para resultar creíble? Subrayo: El punto de partida eran los “datos personales” de un bebé...

De su nombre y apellido era posible deducir su pertenencia a una determinada clase social. Cada estrato social tenía -tiene- en uso apellidos típicos; por ejemplo “Stasia Maikut” correspondería a una mujer de clase baja, sin profesión, analfabeta, probablemente lavandera. Si yo tomase un documento con ese nombre su falsedad saltaría a la vista: Mis manos no corresponden a esa persona, no comparto su modo de alimentarse ni entiendo su “jerga”.

Otro ejemplo: Los nombres “Ana Potocka” o “Zofía Leszczynska” seguramente pertenecen a una mujer de clase media alta; su profesión probable, maestra, pintora, escritora o pianista. ¿Será elegante? ¿Cómo se vestirá? ¿Usará tacos altos? ¿Será madre? Al cambiar mi identidad yo debía componer el personaje, como un actor que tiene un guión. Nada que ver conmigo, todo a partir del nombre de un bebé.

¿Y por qué había perdido validez mi documento anterior, mi personaje anterior? Un enigma. Posiblemente haya pasado algo grave. Y una inquietud adicional para mí. Ya me había identificado con Zofía Leszczynska, así hasta el fin de la guerra, porque ése era el nombre y apellido de mi documento provisorio verdadero hasta el fin de la guerra... Si alguien me llamaba "Ana", yo no debía reaccionar porque ahora era Zofía. Una confusión total. El tema era controlar con gran agilidad mental mis reacciones automáticas, proceso sumamente desgastante. Y en muchos sentidos, el motor de ese ingenio, de esa fuerza, de ese empeño por sobrevivir, era frustrar el designio nazi de asesinarnos. ¿Puede llamársele "resistencia pasiva"?

### FOTOGRAFÍAS FAMILIARES para la CLANDESTINA

*"La fotografía es sólo una ayuda visual, que potencia la memoria, sostiene recuerdos y estimula sensaciones."*  
Alicia D'Amico, fotógrafa

Era entonces –y lo sigue siendo-- una costumbre el llevar consigo fotografías familiares en la cartera. Por razones obvias, yo en mi nueva identidad no tenía ninguna, tema preocupante. Entonces Alicia, la mayor de las muchachas en cuya casa me ocultaba, sacó de su álbum familiar algunas fotos de la que podría ser la familia de ese personaje que yo había asumido, incluida una presunta foto mía a los tres años...

¡Emotivo gesto que sigo agradeciéndole todavía!

Siempre hubo y habrá en todo el mundo gente viviendo en la clandestinidad. No es una especialidad judía. Pero resulta extraño que en el aluvión de literatura dedicada a la Shoá no se mencione la vida de quienes nos vimos forzados a vivir en la clandestinidad, asumiendo falsas identidades. No nos prestaron atención los escritores ni los historiadores ni los psicólogos. Sigue siendo un tema pendiente.

## 1945, TERMINÓ LA GUERRA

Una parte de la *armia* rusa, encabezada por el general Berling, liberó a su paso gran parte de Europa, como la zona de Lwow, Lublín y otras ciudades. Finalmente llegaron a Praga, que así se llama la ribera derecha del río Vístula, en cuya ribera izquierda se encuentra Varsovia.

El ejército de Berling estaba integrado por muchos judíos y polacos que habían escapado de Polonia en 1939, pues habían apelado entonces a que los aptos para portar armas fuesen a Rusia. Este es un capítulo que ya forma parte de la historia.

Nosotros, los habitantes de Praga, soportamos durante largos meses ráfagas ensordecedoras de misiles (?) Katiusha rompiendo el tenso silencio nocturno, iluminando el cielo con racimos de reflectores.

¡¡Para nosotros esos rusos representaban LA vida!!

Pero en la liberada Praga los francotiradores seguían satisfaciendo su necesidad de asesinar. Eran un constante peligro. Frente a mi “vivienda”, en el alto edificio de la fábrica de chocolate Wedel, se había ubicado un grupo de francotiradores. Resultaba imposible convencerse de que la guerra había terminado efectivamente porque ellos seguían matando. Por eso Alicia, Olga y yo decidimos desocupar la casa. Ellas fueron a un campo de refugiados controlado por la UNRRA y yo fui a Mijalín, donde antes de la guerra teníamos una casa de veraneo. Ahora no comprendo por qué había decidido ir a Mijalín, pero fue así y es importante para comprender el siguiente episodio.

## La HOSTIA

Ronda mi memoria ese episodio, aparentemente pequeño pero fundamental.

Yo caminaba por la ruta con esfuerzo. Ya estaba desacostumbrada de caminar al aire libre. En realidad, no tan libre, pues caían bombas y volaban balas de todas partes. Por eso los soldados me obligaron entrar en un hospital que se había improvisado en el Instituto de Veterinaria de la universidad. Lo conocía muy bien, porque yo había ilustrado tiempo atrás un manual para estudiantes, aunque sin derecho a firmar mi trabajo porque mi apellido no era adecuado, no era *kosher*...

Al entrar a ese hospital, vino a mi encuentro un cura. Impulsivamente le dije: "Padre, soy judía".

Impresionado se persignó y con los brazos abiertos contestó: "Venga hija mía".

Me abrazó, me sentó, trajo una bebida negra y del fondo de la sotana sacó un terrón de azúcar. ¡Me lo puso directamente en la boca, como la hostia!

Le besé la mano. Él me acarició la cabeza con gran cariño... Con la coraza se había hecha añicos, me eché a llorar en sus brazos con río de lágrimas acumuladas durante años. El cariño desarma...

Con su asombroso comportamiento me reincorporó a la comunidad humana. Descubrí de pronto que el otro **NO** es necesariamente mi mortal enemigo, que todavía hay otros. **OTROS**.

En aquel momento no capté toda la trascendencia de ese episodio para mi tan traumatizada salud mental. ¡¡Ahora, casi sesenta años más tarde, lo aprecio y agradezco!!

## Diez GROSZY

Oficialmente había terminado la guerra, sí, pero no la mía. En el hospital conforté a un soldado moribundo. Luego, tal como le prometí fui a Mijalín y encontré a sus familiares. Eran un matrimonio con un chico de unos cinco años. No parecían judíos en absoluto e incluso su apellido era neutro, Boraks. Me recibieron con todo cariño y viví con ellos hasta que tuvo lugar mi conmovedor reencuentro con Adam, mi esposo. Nunca pude agradecer bastante la bondad de esa gente en aquella horrorosa época signada por el "*homo hominis lupus est*", por el hombre como lobo del hombre.

Por entonces yo no tenía documento personal alguno lo que no era conveniente en aquellos turbulentos días. En cierta oficina conseguí una certificación provisoria de mi identidad y domicilio para registrarme en Falenica, un pueblo cercano. Viajé hasta allí en sulqui. En ese pueblo había una municipalidad, una farmacia, algo parecido a un hospital, y lo más importante, un fotógrafo. Entonces me fue otorgado un certificado de identidad ¡con foto!

En Mijalín, se abrió un comité ad hoc para entregar a cada refugiado en tránsito la extraordinaria suma de diez *groszy*, diez centavos. Se me planteó el dilema: ¿Qué comprar? ¿Un trozo de carne de caballo bombardeado o una cebollita? Opté por la cebollita. Y fue una suerte, porque esa carne contenía demasiado calcio para organismos desacostumbrados como los de los sobrevivientes. La gente que la había comido enloquecía atacada por una violentísima urticaria para la que no había antídoto. Eso mismo sucedió cuando llegaron los soldados americanos y repartieron latas de jugo condensado de pomelo o naranja. Por ignorancia y desesperación la gente las tomaba sin diluirlas en agua...

## El largo ÉXODO desde nuestra VARSOVIA natal hasta la ARGENTINA, vía Paraguay

Nuestro anhelo era irnos lo más lejos de ese cementerio en que se había transformado Europa. Pero el mundo estaba cerrado para los judíos. El cónsul argentino en Varsovia me dijo con todo cinismo que su gobierno no deseaba inmigrantes judíos. ¡Así de clarito! Fueron el "Hias" y el "Joint" quienes se ocuparon de nuestro destino, gracias a los reconocidos méritos de Adam en la lucha hasta el final en el ghetto de Varsovia. Nos consiguieron visas a Paraguay. En esa época únicamente Bolivia, Paraguay y Uruguay otorgaban visas a judíos. Y no lo hacían por bondad sino gracias a la corrupción en boga: Los cónsules de estos países aceptaban gentilmente "regalos de categoría".

Vivimos un año y medio en Lodz porque Varsovia no era habitable, estaba en ruinas. Lodz, ciudad textil, no fue bombardeada pues había sido totalmente germanizada e incluida en el Reich bajo el nombre de "Litzmannstadt". El gobierno comunista nos otorgó un departamento en la calle Gdanska 65, por una orden, pues Adek trabajaba como ingeniero en el Ministerio de Industria y yo, en una confitería de una calle central, en Piotrkowska.

El departamento debió pertenecer, seguramente, a una familia judía, habiendo sido luego ocupado por alemanes. Todo lo que contenía era de buena calidad, inclusive porcelanas y cristales de marca, por supuesto robados.

Revisando un gran armario que había allí encontramos un enorme *tales* que provocó mi llanto. Porque sangraba...

¡Lo trajimos a Buenos Aires!

La población polaca recibió al puñado de judíos sobrevivientes con brutal hostilidad. Pues veían en cada judío a un potencial acusador y demandante, que les traería problemas. Su cinismo no tenía límites. Nos preguntaban en tono de reproche: "¿Por qué no te mataron?" Nos abrumaba una triste sensación de vergüenza por haber sobrevivido. Ninguna sensación de victoria... Circulaba una trágica frase: "*Przepraszam ze zyjs*", "Disculpen que esté viva". Este fue el origen del famoso pogrom de 1946 en Kielce.

Finalmente llegó el día de la partida hacia lo desconocido. El 26 de diciembre de 1946, con pasaportes legales y acompañados por gente del "HIAS" subimos en la estación de Varsovia, parcialmente reconstruida, al tren internacional. ¡¡Comenzaba una irreal realidad!!

Nos ubicaron en un compartimento individual de primera clase para viajar a Estocolmo, Suecia. Sillones tapizados con terciopelo rojo. Mozos uniformados, con guantes blancos, nos acomodaron sonrientes. Luego nos sirvieron un té con masas para entrar en calor. Era en pleno invierno. El tren tomó velocidad. La misericordiosa nieve había cubierto con una blanca mortaja el cadáver de nuestra ciudad...

Sin movernos del compartimento cruzamos el mar hacia Göterborg y por tierra a Estocolmo. Llegamos el día siguiente por la tarde. La estación estaba iluminada a giorno y totalmente calefaccionada a leña. Afuera había treinta grados bajo cero...

Emocionados, desorientados, esperábamos sin saber qué.

De pronto escuchamos por el altoparlante que llamaban a familia Faigenblat, que se presente en la oficina.

Gran susto. "Seguramente las autoridades nos van a arrestar y devolver por la fuerza a Polonia, pues Adam se había ido aprovechando una breve licencia; él era un desertor y esa llamada era una trampa."

Así pensábamos, con nuestra mentalidad de perseguidos... ¿Qué hacer? Finalmente nos presentamos en la oficina preparados para recibir un castigo... ¡Pero no sucedió nada de eso!

Dos delegados del "Joint" habían venido a recibirnos y como no nos conocían, simplemente nos llamaron. Aquí empezó nuestra estadía "en el país de las maravillas".

Durante nuestro peregrinaje tratamos de disimular la angustia e inseguridad de sentirnos en el aire y sin un piso bajo los pies, dejando que los vientos guiaran nuestro destino. "Hojas en el viento", sin pertenencia de ninguna clase...

### Algunos episodios:

Cierta tarde pedimos permiso a nuestros cariñosos acompañantes para andar por la ciudad solos y conocerla mejor, no sólo a través de la ventanilla del auto. Temiendo que estos “salvajes” se perdieran sin conocer el idioma sueco, aceptaron inquietos.

Paseamos por una preciosa avenida, creo que Kungsgatán, y descubrimos una enorme frutería muy iluminada. Durante seis años no habíamos visto una fruta. Era extraño, pero existían... Hechizada, pegué la nariz contra la vidriera. Tímidamente compramos **una** mandarina por 10 öre, y la devoramos escandalosamente en la calle. (En esa época todavía **no** se comía en la calle; luego los suecos aceptaron la invasión de salvajes.) Nunca, ni antes ni después, he comido una mandarina tan sabrosa...

Otra tarde en que caminábamos solos, vimos sorprendidos un raro movimiento de la gente, que se agrupaba dejando un corredor libre en el centro. Era para dejar pasar al rey que estaba de paseo, solo, sin escolta. Nadie lo molestaba con saludos, porque en ese momento era una persona privada, no estaba en función de rey... ¡Inolvidable ejemplo de cultura cívica!

A principios de enero se festeja en Suecia el día de Santa Lucía, patrona de la luz. Nos habían ubicado en un comfortable hotel-pensión. Allí, cierta madrugada, sin previo aviso, entraron en nuestro dormitorio tres jovencitas. Una llevaba sobre la cabeza una corona con velas encendidas haciendo equilibrio, otra traía café con leche y *kuchen* tradicional, mientras la tercera cantaba alabanzas a Santa Lucía. Era una escena de cuento infantil. ¡Y no la estábamos soñando! ¡Era de verdad!

En las afueras de la capital sueca existe una especie de pueblo, Skansen, conservado fielmente tal como era en el siglo XVI. Por supuesto, no tiene agua corriente ni luz eléctrica, ninguno de esos inventos modernos. Un grupo de artesanos trabaja allí con herramientas de la época. Gozan de sueldos estatales y de diversos privilegios vitalicios. Un increíble museo viviente.

Nos invitaron a una reunión de la comisión directiva de una importante institución judía. Allí nos saludaron con unas cálidas y altisonantes palabras de bienvenida en polaco.

Uno de los dirigentes se nos acercó diciendo que era oriundo de Varsovia, igual que nosotros, y que se llamaba Gitler.

Asombrada le dije que yo tuve en el *gimnasium* una compañera Eda Gitler. Asombrado, el hombre me dice: “Es mi hermana, pero ya no vive más; fue víctima de la Shoá”.

Entonces le cuento que yo la encontré en Lodz. El hombre casi se desmaya. Le di su dirección y le conté que ella sobrevivió a varios campos de aniquilación y lleva su número en el brazo...

Otra tarde fuimos solos a tomar el té en una confitería de la parte antigua de la ciudad. Un enorme salón, en el centro una larga mesa ovalada cubierta con un blanco mantel bordado, tipo Richelieu. En el medio, un antiguo samovar hirviendo, y en preciosas tacitas cada uno se sirve su té. ¡Toda una ceremonia! Mozas de largas trenzas rubias y vestidas a la moda antigua, traen tortas y masas regionales.

Nos llamó la atención la ausencia de ese ruido propio de una confitería muy concurrida. ¡Es que la gente habla a media voz por el respeto a los demás! La cultura aparece en cada detalle de la vida cotidiana.

Esta zona antigua está conservada con cariño. Las callejuelas son muy angostas, hechas originalmente a la medida del paso de un caballo. No está permitida la circulación de ningún vehículo. Los pisos de las calles están cubiertos de troncos, pulidos con cera como un parquet.

Nos despedimos de Estocolmo seguros de que nunca olvidaríamos este respiro, que recordaríamos con emoción a esos representantes del Joint que se comportaron de manera ejemplar. Y ellos nos agradecieron a nosotros la oportunidad que les dimos de ayudarnos en un momento crucial. Mandamos al “Joint” cartas de agradecimiento.

En Estocolmo esperamos durante cinco semanas un barco que nunca apareció. Entonces nos mandaron a París, siempre atendidos por el Joint. No pretendo describir París, tan diferente de Estocolmo. Tumulto en todas partes, la gente no habla, grita, y está siempre apurada...

Nosotros ya habíamos conocido París, pero antes de la catástrofe... antes de la hecatombe.

Y otra vez esperamos un barco en vano. Finalmente nos desviaron a Génova, también en un tren internacional, con toda la pompa.

Génova, ciudad portuaria de Italia, se caracteriza por los marcados desniveles de sus calles. Muchos túneles, escaleras, puentes, una ciudad apta para divertirse. ¡Lo que hemos hecho! Paseábamos por separado para perdernos, buscarnos y reencontrarnos, felices, en el hotel...

Una máscara...

Finalmente llegó el ansiado barco, viejo, destartado, ostentando su nombre: "Argentina".

En la larga cola para subir al barco conocimos a Fanny Rems-Zak, con sus dos hijos de 8 y 10 años. Este encuentro casual creció hasta hacerse una profunda amistad, que duró hasta la muerte de Fanny, a los 94 años, ocurrida hace dos. ¡Yo la extraño, me hace falta!

Fanny llegó viuda y se casó con el poeta Abraham Zak, oriundo de su mismo pueblo, Amdur, en Lituania. ¡Un amor juvenil! Fanny, su hija Ada y Genio sobrevivieron por separado en distintas familias campesinas. Ada se aclimató totalmente a la familia con la que vivía. Católica creyente, tomó la comunión y este sentimiento perduró en ella a pesar de la educación judaica que recibió en el seminario de maestros Rambam. Lo mismo sucedió con Genio. Después de la guerra Fanny tuvo problemas para recuperar a sus hijos. Las respectivas familias los querían, no querían devolverlos. La madre pagó mucho por su rescate. Genio vivió durante aquellos años a orillas del Vístula y no resultó fácil convencerlo de que **no** debía quitarse los pantaloncitos para bañarse para que no lo delatase la circuncisión. Muchos niños judíos murieron por esa marca, ya que por miedo las familias polacas se negaban a aceptarlos... Ada y Genio ya son ahora felices abuelos. Ada es bisabuela. No mantienen contacto con el entorno de la madre, pero a mí Ada me llama para mis cumpleaños y para Rosh Hashaná. ¡¡Un triunfo!!

## TESTIMONIO RADIAL

Buenos Aires, 20 de abril de 1949

Cuando a poco de mi llegada a Buenos Aires el poeta partisano Shmerke Kaczerginski me invitó a contar por radio mis vivencias en el ghetto de Varsovia, me dominó el pánico. Sentí que era demasiado para mí eso de hablar en ídish, por radio Colonia, a un público invisible, incrédulo, no informado de lo sucedido durante la Shoá. No había literatura informativa todavía y nosotros éramos de los primeros en llegar desde el infierno. La ola de sobrevivientes recién llegaría en los años cincuenta. ¡La gente no sería capaz de aceptar mis palabras! ¡Yo no estaba preparada para tamaña proeza! Aunque, por otra parte, siendo alguien que había sobrevivido “por casualidad”, tenía imperiosas obligaciones con los NO sobrevivientes, con los NO sepultados... ¡Olvidar es matarlos nuevamente! ¡Mi deber era contar, recordar, no dejar cicatrizar las heridas y que sangren...!

Así fue cómo, temblando insegura, acepté el desafío. Y conté.

El 18 de enero de 1943 los alemanes atacaron el ghetto con enorme furia, seguros de que sería apenas un paseo. Pero los insolentes judíos los recibieron con una lluvia de granadas y proyectiles de todo tipo. Se creó una gran confusión con víctimas de ambos bandos. Ese fue el primer intento de resistencia judía armada. Los alemanes retiraron en ambulancias a sus heridos y muertos, pero volvieron...

Los recibimos con orgullo y miedo, seguros de que había llegado el final. Lo primero que hicieron fue asaltar el “Hospital judío” de la calle Gensia como venganza. Mataron a todos los enfermos en sus camas, incluso a todos los niños, y también a los médicos y a las enfermeras. Comandaron este furioso asesinato Brandt, Hantke y Blecher, éste último especializado en fusilar mujeres. Otro “frankenstein” perseguía entusiasmado a los pelirrojos.

Nuestro refugio era un bunker también ubicado en la calle Gensia. Albergaba unas cincuenta personas y había sido camuflado de manera muy ingeniosa por Adam Faigenblat, mi marido, y por Josi

Hartman y Avrom Goldfarb. Por falta de herramientas adecuadas las manos se les habían quemado con la cal viva. Allí, en ese confortable sitio, por debajo del sótano, entre las cañerías del edificio, pasamos cinco días con sus noches. Subir finalmente a la superficie, congelados, enfermos, aturdidos, también significaba encontrar fuerzas como para colgarse con los brazos y saltar, ayudados por los jóvenes. Para los gordos o pesados era un suplicio. La salida era del tamaño de una losa del pavimento. Yo sufrí un ataque de ciática y no podía pisar, por lo que me sacaron empujándome de abajo y tirando de arriba... No entiendo cómo lo soporté. ¡Y esa ciática me acompaña hasta hoy!

Después... No creíamos que hubiese un “después” ... Y la gente comenzó a pensar en alguna manera de abandonar el ghetto, de encontrar escondrijos, pagos o no, en la parte aria de la ciudad, lo que tampoco significaba quedar a cubierto de peligros. Yo no quería separarme de mi esposo ni ir a meterme en “la boca del lobo” conviviendo con los polacos para morir seguramente allá. Pero Adam, con la ayuda de la ZOB, la Organización Clandestina de Combatientes Judíos, me obligó a pasar a la parte aria contra mi expresa voluntad.

En la madrugada del 14 de abril de 1943 salí del ghetto con un grupo de mujeres. Pasando por la franja existente entre el ghetto y el sector ario observé las casas desocupadas que pertenecieran a judíos asesinados. El ruido de las ventanas abiertas, ciegas, golpeadas por el viento, me parecía una suerte de réquiem, de *kadish*, de “*El malé rajamim*” ...

En la parte aria comenzó un nuevo capítulo en la lucha, ahora cargando una máscara, la de **laucha sonriente**, sin derecho al duelo ni al miedo. Y allí mis enemigos mortales en constante acecho eran todas las personas y todas las cosas.

Y a poco de estar en la parte aria llegó el histórico 19 de abril. Mis polacas me contaron asombradas que “los judíos del ghetto habían declarado la guerra a los alemanes”. Con tanques y bombas incendiarias los nazis habían decidido liquidar el ghetto de Varsovia, dejarlo “*juden rein*” como regalo para Hitler en su cumpleaños...

Los gritos y el olor a carne quemada llegaban al otro lado del Vístula, a Praga, donde yo me encontraba. De día el cielo se veía sucio, gris, y se veía rojo, inyectado en sangre de noche. Esa desesperada lucha duró cuatro interminables semanas, largas como años enteros.

**¡Judíos míos! *Idn mayne!* ¡No olviden, recuerden, cuenten!  
¡No permitan que cicatrices clausuren heridas que manan sangre viva todavía!**

#### POSDATA

Nosotros, mi marido Adam y yo, tras una larga odisea, llegamos legalmente a Paraguay el 26 de marzo de 1947. De allí entramos luego clandestinamente a la Argentina.

Ahora, ¿por qué ese testimonio mío debió propalarse desde Radio Colonia, en Uruguay? Perón había prohibido conferencias y audiciones radiales en ídish. Pero los judíos aprendieron a sortear las prohibiciones. Radio Colonia tenía un estudio en Buenos Aires. El miércoles grabamos allí mi apelación testimonial. Esta fue enviada por medio de un enlace a Colonia, y el domingo a la mañana la difundieron en el marco de su audición dominical.

## LUSHA

Había una vez dos amigas, Lusha y Lena, y su profunda amistad duró, asombrosamente, ochenta y tres años.

Trataré de recordar algunas etapas de esa larguísima amistad.

\*Cuando teníamos siete años nuestras respectivas madres –no se conocían– nos llevaron al preescolar del Gimnasium de Perla Lubinska, de la calle Ceglana 7, escuela integral cercana a nuestros domicilios.

Una dulce maestra, Franciszka, dada nuestra pareja estatura nos sentó juntas en un mismo banco. Una pura casualidad que tuvo una marcada influencia en las vidas de ambas criaturas.

Simpatizamos de inmediato. Fueron dos años de descubrimientos. Luego vino la escuela primaria que ya era más exigente.

Lusha tenía dificultades con el dibujo mientras que yo dibujaba desde que nací, de modo que, a escondidas, yo le hacía los deberes. Pasamos a la secundaria sin tener que rendir examen, cosa que nos llenó de orgullo. Pero sorpresivamente, en cuarto año, por razones económicas, los padres retiraron a Lusha del colegio y la mandaron a trabajar al taller textil que tenían. ¡Fue un shock para las dos!

Recuerdo un episodio imborrable. Cierta tarde me fui para ver con mis propios ojos a Lusha trabajando. Era lejos. Pregunté por ella y me hicieron esperar un rato. De pronto, como por arte de magia, se abrió una tapa en el piso y apareció Lusha. Vestía un mameluco.

Era una otra Lusha, que me abrazó llorando. Me despachó pronto, con la excusa de que debía cuidar una máquina. Evidentemente no se había adaptado a su nuevo status y mi visita la había desagradado. A mí también.

Lusha era la hija del medio. Su hermana Saba dominaba a la familia, la seguía Salomón, que estaba privilegiado por ser varón, mientras que la menor de todos era, Ida, una chica particularmente tímida. Lusha tuvo siempre que conquistarse a fuerza de codos su espacio vital; nunca logró nada con facilidad. Así estuvo marcada su vida desde el nacimiento, pero ella nunca se quejaba. ¡Era así y punto!

Desde aquel momento nuestras vidas se bifurcaron. Nuestras diferentes condiciones pusieron nuestra amistad a prueba. Yo me cuidaba mucho, andaba en puntas de pie, para no ofenderla. Se planteaban situaciones difíciles. Siendo dos adolescentes lindas, requeridas, se creaban lógicas rivalidades, y las vencíamos honradamente, sin broncas ni enojos. Mi vida se desarrollaba de una manera previsible, privilegiada. ¡Lo aprecio con claridad recién ahora, a la vuelta de tanto tiempo!

La Segunda Guerra Mundial y la Shoá nos separaron durante esos largos años que fueron de 1939 a 1945. Lusha escapó con parte de su familia a Rusia, al “paraíso de Stalin”, donde la ola de refugiados los llevó al Asia Central, a Kirguizia. (El muy querido alcalde de Varsovia había instado a la juventud “apta para portar armas”, a refugiarse en Rusia...)

En Kirguizia, como toda población en tiempos de guerra, soportaron mil dificultades. Pero al menos no asesinaban a los judíos. Desde ya que muchos perdieron la vida por meterse en política o por ser sospechados de hacerla, como Dunia, el esposo de Saba.

Yo, por mi lado, sobreviví en el ghetto de Varsovia, pero ese es otro capítulo. Lo cierto es que la supervivencia de ambas en tan diferentes condiciones también nos marcó de manera diferente tanto física como psíquicamente. Cada una volvió con su propio trauma y reaccionó de modo distinto ante su nueva vida, lo que constituyó una barrera que no logramos vencer.

¡Fue así que nuestras asesinadas familias nos unieron más que la vida misma...!

Cuando la guerra terminó oficialmente, me encontré con una Varsovia hecha escombros. Un páramo. Un mundo desconocido, otro. Y también yo era otra. Se hacía necesario reestructurarse para adecuarse a la nueva realidad. ¡Yo estaba sola! Ni una cara conocida, ni una mirada amistosa. Huérfana sobrante, haber sobrevivido no era una victoria; era casi una vergüenza.

Con ese estado de ánimo fui a la Cruz Roja para pedirles que avisen a todo el mundo que vivo y dónde me encuentro.

Acaso alguien...

Yo no abrigaba demasiadas esperanzas. Pero aunque parezca increíble, ese desesperado llamado desde el abismo llegó a Kirguizia, y Lusha me contestó por la misma vía. Tras varios meses de dudas, con la oleada de repatriados, se aparecieron sin aviso en mi casa Lusha, Saba, y su hijo Olek de diez años. Para describir ese dramático encuentro, “las palabras no dan con la palabra”.

¿Por qué fuimos luego a Lodz?

Mi esposo y yo no encontramos una vivienda en Varsovia. La ciudad no tenía luz ni agua; era toda escombros, piadosamente cubiertos por la nieve. Lodz en cambio no había sido bombardeada. Tratándose de una importante ciudad textil había sido anexada al Reich con el nombre de Litzmanstadt. Vivimos un año y medio en esta ciudad.

¿Por qué viajamos a la Argentina?

Salomón, el hermano de Lusha, vivía en este país. Se había ido de Polonia en busca de trabajo y le fue bien. Se casó, tuvo tres hijos y desarrolló una próspera fábrica textil. Para sus hermanas sobrevivientes la idea de emigrar a la Argentina constituía entonces una magnífica perspectiva. Sólo que la Argentina **NO** aceptaba judíos. Así me lo dijo con total cinismo su cónsul en Varsovia. El mundo estaba herméticamente cerrado para nosotros. Corresponde señalar que Bolivia, Paraguay, Uruguay y Venezuela sí otorgaban visas de entrada al puñado de sobrevivientes. A cambio aceptaban regalos, siempre que fuesen valiosos, lo que de ninguna manera podía considerarse una coima. En absoluto. Porque los funcionarios latinoamericanos eran gente totalmente honesta... ¡Pero, con todo, constituía una esperanza...! Que en otro planeta existiese una persona conocida era para nosotros algo muy importante. (Cuando los dos éramos chicos Salomón solía tirarme de las trenzas.) Así que finalmente arribamos a la deseada Argentina por distintas vías. Ellas vía Uruguay, nosotros vía Paraguay. En otra parte va el relato de nuestro “éxodo” de Polonia.

Salomón se portó magníficamente con sus hermanas: Les brindó a cada una un departamento y una tienda, para que no les faltase dónde vivir cómo ganarse el sustento sin depender de nadie.

Todo resultaba ejemplar, pero la cuñada...

Lusha quedó sometida a una suerte de trabajo esclavo. Para liberarse de esa dictadura decidió casarse, cayendo en una dictadura peor todavía. “Una pareja desapareja”. Muchas dificultades y humillaciones. Nunca comprendí ni pregunté por qué Lusha aguantaba esa situación. Lusha sobrevivió a todas su familia. También a su esposo. Ella finalmente desertó. Una demencia senil la encerró en su pasado. A veces ni me reconocía.

Una anécdota que puede ilustrar el grado de su ausencia. En cierta ocasión me reprochó que hacía varios días llamaba por teléfono a mi casa sin que nadie conteste. Le pregunté qué número había marcado, y para mi asombro dijo “Llamé a tu número de siempre, al 32368” ¡Era mi número de teléfono de Varsovia...!

Sufrí mucho su muerte mental que se adelantó bastante a su muerte física. Ésta sobrevino el 15 de setiembre del 2001, en vísperas de Iom Kipur.

La ausencia de Lusha me duele profundamente. No la acepto. Mi soledad es ahora más solitaria. No tengo a nadie vivo con quien compartir el recuerdo de mi familia y de la de ella. Solíamos recordarlos vivos, con sus nombres, sus dichos, sus caracteres... Tras varios años de ausencia, todavía me olvido e intento llamarla. ¡La extraño! ¡La necesito!

## ORFANDAD

Cuando pronunciamos la palabra “huérfano” siempre pensamos en niños, a nadie se le ocurre nunca pensar en huérfanos adultos.

El doloroso sentimiento de orfandad perdura en el alma del sobreviviente, de ese ser resucitado tras la Shoá. Y digo resucitado ya que aquellos seis largos años no habían sido vivibles. En sobrevivirlos consistió nuestra resistencia. La resistencia no armada. La NO apreciada, la NO comprendida, la más atroz.

Tras la Shoá muchos se construyeron una nueva vida, un sustituto. Una vida adquirida, como quien adquiere un nuevo idioma. Sin raíces, sin recuerdos, alimentada por la nostalgia de aquella otra vida ahora idealizada, imaginaria, dolorosamente truncada.

Sentimos y soñamos en nuestro idioma materno. Cuando leemos algo que nos conmueve, inconscientemente lo traducimos a aquel idioma. Esto es algo característico entre los huérfanos, no interesa su edad.

Viene al caso una significativa experiencia vivida. Hace unos años, preparando un trabajo sobre “Chicos de la calle”, traté de tomar contacto directo con alguno de ellos. Sabía que sería difícil porque suelen rechazarnos con hostilidad. A la salida del Teatro San Martín, detrás de unos caballetes de publicidad vi a un chico sentado en el suelo. Era una noche fría, lluviosa. Me acerqué preparada para recibir un violento rechazo, pero me ignoró totalmente. Elocuente rechazo al fin...

De alguna manera logré entablar contacto con él. Difícil, tenso, de espaldas. Rescato una frase de ese muchacho maduro de doce años sin infancia, una frase que escupió con odio:

“Qué querés. El frío me lo banco. ¡Lo que no puedo bancarme es que a nadie le importo, a vos tampoco! ¡Dejame!”

Ese “A NADIE LE IMPORTO”, lo llevan para siempre, marcado a fuego, todos los resucitados. Una tortura de vacío, de sentirse una sobra, un desperdicio casual. “A nadie le importo.”

El reloj biológico de los sobrevivientes está cansado. De ahí que necesitemos apoyo, cariño, dignidad, no ser marginados, en momentos en que nuestro ciclo vital se cierra. La vejez es dura, dolorosa, limita con la vergüenza. Es imprescindible saber que a la comunidad “le importamos”.

## A modo de EPÍLOGO

### Los JUDÍOS NO TIENEN HISTORIA, TIENEN MEMORIA

No existe una historia judía. Los judíos no tienen historia, tienen memoria, y recuerdos muy apreciados que no se borran.

¿Cuál es la diferencia entre historia y memoria? La historia es saber qué pasó en el pasado, la memoria es preguntarse cuál es la relación entre lo que ocurrió en el pasado y lo que soy ahora. Mi presente se nutre del pasado, que jamás pasa del todo.

Ese pasado era una fuente de luz en los tiempos negros, un apoyo para no aflojar...

Para seguir viviendo necesitamos construirnos una coraza, en un proceso lento, por etapas, que se compone de muchos elementos y tiempos. La base es el múltiple doloroso duelo. ¡La ORFANDAD con mayúscula! La ambición de no parecer una pobrecita, una *nebej*.

Cuando volvimos a la superficie se nos planteó un nuevo problema: Cómo vivir con un entorno hostil, desconfiado.

“¿Por qué no te mataron? ¿Qué hiciste para sobrevivir?”

Vivo por error. ¿Cómo justificar este privilegio o condena? ¿Cuáles son mis obligaciones con quienes ya no están físicamente? Si vivo ¿qué debo hacer con esta vida?

Me agobiaban las deudas y obligaciones que surgían de las profundidades. ¿Cómo ubicarme en este entorno totalmente cambiado. Distintos sabores, distintas urgencias. ¿Quién es el OTRO?

Surgió la necesidad de ponerse una **máscara** sonriente y amable. Cuidar la presencia, estar a la moda. Trabajar, tener proyectos, acortar la distancia. El relax era peligroso porque produce grietas en la coraza, las que dejan filtrarse lo verdadero, tan difícil de encapsular.

El cariño me desarma, me trae nostalgias, pero lo necesito con todo mi ser. El frío afectivo me enferma pues no soy inmune...

Yo crecí y me formé en clima de ternura familiar...

## INDICE

- \*INVITACIÓN
- \*PALABRAS PRELIMINARES

### De LOS AÑOS LUMINOSOS

- \* MI MICRO HISTORIA
- \* COPITA de LICOR
- \* STANISLAWA, la LAVANDERA
- \* LA BARBA del ABUELO JOSEF
- \* ¡UN PREMIO SINGULAR!
- \* JANUCÁ, LA FIESTA de las LUMINARIAS
- \* La CEREMONIA de VENTILAR los “SFORMIM”
- \* CONTABA la ABUELA
- \* RABINO “SANDIK”
- \* EL FALLECIMIENTO del ABUELO JOSEF
- \* EL ANUAL TRASLADO VERANIEGO a MIJALIN.
- \* TÍO BENIAMÍN...
- \* FILHARMONIA
- \* “LAS ESPIGADORAS”
- \* Mi ESCUELA, el GIMNASIUM judío de 1ª categoría de Perla LUBINSKA, calle CEGLANA 7
- \* ¡¡La CRONOLOGIA NO IMPORTA!! Mi DEBUT en la ESCUELA
- \* CIEN DÍAS
- \* LAG BAOMER
- \* MI ESCUELA
- \* DEVALUACIÓN
- \* HUEVOS a las SIETE de la MAÑANA
- \* El “KRUPNIK” de los JUEVES
- \* La PUSHKE del KEREN KAYEMET
- \* La SEÑORA LAVENDA
- \* FILATELIA, NOBLE HOBBY FAMILIAR
- \* Una FLORCITA de MONTAÑA

### De LOS AÑOS NEGROS

- \* VICISITUDES en el GHETTO DE VARSOVIA y un manojo de espinas
- \*LA EPIDEMIA DE TIFUS
- \* DESRATIZACION
- \* OTRA ESPINA
- \* Otro episodio de mi pasado que sigue presente
- \* BUNKER
- \* 14 DE ABRIL DE 1943
- \* NAVIDAD
- \* Mi ENEMIGO
- \* “MIRADA JUDÍA”
- \* El ONOMÁSTICO de ALICIA
- \* LA CLANDESTINIDAD
- \* FOTOGRAFÍAS FAMILIARES para la CLANDESTINA
- \* 1945, TERMINÓ LA GUERRA
- \* LA HOSTIA
- \* El largo ÉXODO desde NUESTRA VARSOVIA a la ARGENTINA, vía Paraguay
- \* TESTIMONIO RADIAL, Buenos Aires, 20 de abril de 1949
- \* LUSHA
- \* ORFANDAD

### A modo de EPÍLOGO

- \* Los JUDÍOS NO TIENEN HISTORIA, TIENEN MEMORIA



Lena Faigenblat nació el 7 de mayo de 1912 en la ciudad de Varsovia. Estudiante universitaria de Humanidades, sus luminosos años juveniles quedaron envueltos en tinieblas cuando su vida se vio atravesada por la siniestra experiencia de la Shoá. Habiendo sobrevivido, en 1947 se radicó en la Argentina donde fue secretaria ejecutiva del “Congreso por la Cultura Judía”.

Asimismo trabajó durante muchos años como voluntaria en SOS.

Colaboradora permanente en diversas publicaciones, algunos de sus trabajos de investigación periodística sobre el aporte del pueblo judío a la cultura de la humanidad, fueron reunidos en su libro *“LOS VIENTOS DE LA HISTORIA”*, editado por el Instituto IWO de Buenos Aires en 1998. Ese mismo año fue galardonada, en reconocimiento a su incansable tarea y trayectoria, con el premio de la Fundación Alicia Moreau de Justo.